Christian Huyeng

# Tango Mortal



Un Caso Por
Ariadne Arlington

Christian Huyeng

*Tango Mortal*

Christian Huyeng

# Tango Mortal



Un Caso Por
Ariadne Arlington

Copyright © 2025 Christian Huyeng
Beckeradstr. 12
45897 Gelsenkirchen
autorbuer@gmail.com
Diseño de portada: Christian Huyeng
Corrección: Godebes Buch.Werk.Statt
Todos los derechos reservados.

Este caso se basa en un crimen real ocurrido en Londres en 1937 y demuestra que ningún libro puede ser tan disparatado como la vida misma.

# Contenido

I
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

# I

*«El barco resonaba con las risas y charlas de los pasajeros, que ahora disfrutaban de las actividades nocturnas. Había una pequeña revista en el teatro de a bordo, otros seguramente querían ir a bailar, acomodarse en el bar o simplemente contemplar las estrellas. Se abrió paso entre un grupo de damas de segunda clase que reían a carcajadas y entró en el vestíbulo del barco. Echó un vistazo rápido a su alrededor, ah, ahí.*

*—Muy buenas noches, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó un muchacho delgado con un uniforme azul de fantasía.*

*—Quisiera enviar un telegrama, a Canadá —dijo él.*

*—Por supuesto. Solo tiene que rellenar este formulario, señor —respondió el joven con una sonrisa, deslizándole los papeles por el mostrador de caoba pulida.»*

«Ariadne miró el reloj. Vaya, ya casi eran las cinco. Llevaba más de seis horas sentada frente al escritorio. Giró la cabeza de un lado a otro y frunció el rostro al escuchar un crujido bastante notorio proveniente de las vértebras de su cuello. Sí, suficiente por hoy. Ahora se iba a preparar una buena taza de té, un sándwich de pepino y quizá daría un paseo. Después de un día entero frente a la máquina de escribir, no había nada mejor para despejar la mente antes de empezar el siguiente. Se levantó, se estiró de nuevo y fue hacia la ventana para mirar a la calle. Uy, eso tenía toda la pinta de lluvia. Ah, y ahí ya caían las primeras gotas pesadas sobre la acera. Un coche pasaba despacio por la calle mientras ella se daba la vuelta y regresaba al escritorio. Tendría que dejar el paseo para otro momento. Se bebió lo que quedaba del té del mediodía —ya helado —, hizo una mueca y preparó los papeles para el día siguiente.

De pronto sonó el timbre y frunció el ceño. ¿Quién podría ser? ¿Había olvidado alguna cita? Echó un vistazo rápido al calendario abierto, pero solo destacaba en rojo la fecha de entrega de la novela. Ninguna visita prevista, ningún compromiso olvidado. Qué raro.

Oyó a Rosemary abrir la puerta, luego una voz masculina, profunda y melodiosa, que le sonaba vagamente familiar. ¡Pero eso

no podía ser!

Fue hacia el pasillo, ¡y ahí estaba él!

«¡Michael! ¿Pero qué haces aquí?», preguntó entre risas y se le echó al cuello.

«¡Ariadne, querida! ¡Yo también me alegro de verte!», dijo él, apartándola suavemente. «¡Estás radiante!»

«¡Y tú igual! Ese bigote te queda de maravilla, todo un latin lover. Pero pasa, anda. Rosemary, ¿puede preparar una tetera y unos sándwiches?»

«Enseguida, señora», respondió ella y se fue a la cocina.

«¡Michael Sheffield! Todavía no me lo creo. ¿Qué hace de nuevo a este viejo aventurero volver a casa?», preguntó, tomándolo del brazo y llevándolo al salón. Él se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. Michael tenía algunas canas en las sienes, pero por lo demás seguía luciendo fantástico, y no aparentaba un solo día más de treinta. Alto, delgado y vestido con un traje de excelente corte y visiblemente caro. Sonreía, pero ella vio en su mirada que algo le rondaba por dentro.

«Dios, ¿cuánto tiempo hace que no nos veíamos? ¿Diez años?», preguntó, sentándose en el sofá.

Él sacó un cigarro de un estuche finísimo, se lo encendió y sonrió.

«Doce años», dijo.

«¡Cómo pasa el tiempo! ¿Estás de visita en Londres? ¿Negocios?»

«Ni una cosa ni la otra… o quizás un poco de ambas», respondió.

«Ajá.»

Él rió y dio una calada.

«¡Venga ya, no te hagas tanto de rogar! ¿Qué pasa? ¿Te cansaste de Argentina?»

Vaya, había dado en el clavo, porque él se tensó levemente y puso una mueca.

«Bueno, verás, es que…»

«No me digas que ha pasado algo con tu mujer. ¿Cómo se llamaba? ¿María?»

«Marisa. No, está bien. Está en el hotel. Hubo… algunas dificultades en Argentina, por así decirlo. Nada grave, pero sí

molesto y malo para los negocios. Además, empiezo a llegar a una edad…»

Ella se echó a reír justo cuando Rosemary entraba con el té y los sándwiches.

«¿Qué edad tienes? ¿Cuarenta?», preguntó.

«Treinta y nueve. No digo que sea viejo, pero en Argentina viajaba mucho por trabajo, apenas estaba en casa. Y no quedaba tiempo para Marisa… ni para planear una familia en condiciones, si me entiendes. Pensé en unirme al negocio de sus padres, pero…»

«Recuérdame, ¿a qué se dedicaban?»

«Ganadería.» Hizo una mueca y ella se rió mientras le servía el té.

«Madre mía, si hay algo que no puedo imaginar, es a ti en una granja. La suciedad nunca fue lo tuyo… ni los vaqueros», dijo.

Ahora fue él quien se rió.

«Ariadne, querida, eso no es una granja como las de aquí. El padre de Marisa tiene treinta mil cabezas de ganado. Es uno de los mayores productores de carne del país y busca a alguien que gestione las exportaciones a Inglaterra. Pero es una responsabilidad enorme… y habría significado seguir viajando sin parar. Además, Marisa está esperando un bebé y…»

«¡Qué maravilla! ¡Enhorabuena!»

«Sí, estamos muy contentos. Ya era hora.» Dio otra calada. ¿Michael había fumado antes? Ella no lo recordaba bien. «Pensé que quizás era el momento de volver a Inglaterra. Estos años me ha ido muy bien y he podido ahorrar bastante. Las escuelas aquí son mejores y el país es… más seguro», dijo, encendiendo ya otro cigarro. No, ella estaba casi segura de que Michael antes no fumaba. ¿Y eso de que era más seguro? No sabía gran cosa sobre Argentina, pero nunca había oído que fuera especialmente peligroso. Claramente no quería decir toda la verdad. Ella conocía bien a Michael, aunque llevaban doce —no, doce— años sin verse. Esa manera de tocarse el pelo, de mover el pie… Siempre lo hacía cuando algo no iba bien. Pero no iba a presionarlo. Si tenía que contar algo, lo haría cuando él quisiera. También lo recordaba de antes: si uno lo forzaba, se cerraba en banda o salía huyendo.

«Entonces han decidido mandar a su hijo a un colegio privado carísimo y estirado, y han comprado una casa ridículamente cara en Mayfair», dijo sonriendo.

Él sonrió también y de repente volvió a parecer el joven travieso y encantador que ella había conocido casi veinte años atrás.

«Algo así, solo que la casa está en Kensington y el niño aún no ha nacido, así que tenemos algo de tiempo para elegir colegio.»

«¡No te fíes! He oído que en Eton hay que inscribir a los niños antes de que sean concebidos. Me alegra que estén de vuelta, aunque para tu mujer debe de ser un cambio enorme. Otro país, un clima espantoso, la familia lejos… y no olvidemos la comida, que es terrible», dijo mientras mordía un sándwich de pepino.

«La comida no será un problema», dijo él, tomando un sorbo de té.

«¿Por qué? ¿La pobre no tiene papilas gustativas?», preguntó guiñándole un ojo.

«No, vamos a abrir un restaurante argentino. ¡La gran inauguración es el sábado! No podía dejar de venir a invitar a mi mejor amiga de toda Inglaterra.»

«¿Ah, sí? ¿Y quién es?»

«Tú, otra vez. Y lo admito: tener tu nombre en la lista de invitados sería todo un lujo, señora autora de éxito.»

«¡Ya sabía yo que solo querías aprovecharte de mi fama! Pero sí, encantada. ¿Dijiste sábado? Tengo una reunión con mi editora por la mañana, así que tengo tiempo. ¿Argentino? ¿Qué se come allí?»

Michael pasó la siguiente media hora describiendo con entusiasmo el nuevo restaurante y sus platos exclusivos, contó que habría música en vivo y espectáculos de tango. Estaba claramente ilusionado. Vaya novedad: un empresario exitoso, en la plenitud de su carrera, lo dejaba todo para abrir un restaurante. Casi daba para una novela…

«¡Uy, qué tarde es ya!», dijo al final de su relato. El cenicero frente a él estaba a rebosar, y Ariadne lo miró con el ceño fruncido. «Marisa se va a preguntar dónde me he metido, tenemos mucho por hacer antes del sábado. Y si quieres traer a alguien, te reservo dos plazas.»

«Muy bien, ya veré», dijo ella, levantándose también. Michael cogió su sombrero y la abrazó.

«Es una verdadera alegría volver a verte. ¡Te he echado de menos!», dijo.

«Sí, ha sido una sorpresa maravillosa que hayas vuelto», respondió ella y lo acompañó hasta la puerta.

«Entonces, nos vemos el sábado. ¡No te olvides!»

«Jamás. Y ahora vete, que no quiero líos con tu encantadora esposa», dijo.

Cuando cerró la puerta, volvió al salón y abrió una ventana. Había dejado de llover y el olor a calle mojada llenó la estancia, disipando el humo de los cigarrillos de Michael. Volvió a mirar el cenicero. Muy extraño. Se había fumado uno tras otro y ella no dejaba de notar esos pequeños gestos que delataban que estaba nervioso, casi asustado. Se asomó de nuevo. Él cruzaba la calle hacia su coche, mirando a su alrededor como si huyera de algo. Algo no cuadraba. Eso de que volvía solo por el bebé no terminaba de convencerla. Mañana se lo contaría a Ethel. Ella también conocía a Michael… y tenía un instinto infalible para leer a las personas. Sí, era un buen plan. Y ahora, mejor salía a pasear antes de que volviera a llover.

«Rosemary, por favor, limpie el cenicero… y ventile un poco. Ah, y ponga otra bandeja de popurrí», dijo, frunciendo la nariz.

«Claro, señora.»

En realidad, hacía demasiado calor para la época del año. Pero también estaba demasiado húmedo. Una combinación poco agradable, pero en fin. Caminaba por el pequeño parque que quedaba a apenas unos cientos de metros de su casa. A estas horas solía estar ya completamente desierto, lo cual no era de extrañar: ya había oscurecido y la escasa luz amarillenta de las farolas apenas iluminaba el lugar. Algunos dueños de perros paseaban con el cuello del abrigo subido, caminaban con sus animales y la saludaban al pasar. Eso era un privilegio especial, pensó sonriendo. Los dueños de perros eran una comunidad cerrada. Uno se detenía, charlaba un momento, hablaba sobre los perros. Quienes no iban acompañados de un amigo de cuatro patas eran simplemente ignorados. Casi se

podría decir que estos dueños y sus perros formaban una sociedad secreta, con sus propios rituales, saludos y conversaciones llenas de temas misteriosos que nadie ajeno comprendía. Illuminati caninos, por así decirlo. A ella, al parecer, ya la habían admitido en ese selecto círculo de iniciados que asienten con la cabeza al cruzarse, desde que unos meses atrás cuidó del viejo señor Higgins. Ahora el hombre del golden retriever le hizo un gesto con la cabeza, y ella le devolvió el saludo. ¿Qué le había dicho Margret?

«¡Darling! Una novela negra con perros, eso sí que sería algo, no hay ninguna aún, sería fantástico, y además… ¡imagínatelo! ¡Un caniche detective! En un castillo lleno de huéspedes extraños, oh sí, y luego hay un asesinato y todo lo demás…» Eso fue exactamente lo que dijo. ¿Una buena idea? Probablemente no. En general… las novelas policíacas. ¿Cómo seguir con la escena? Su investigador se veía arrastrado a una historia tipo Gaslight, pero el motivo no acababa de convencer. Sonaba bien, quizás demasiado bien. Pero si se miraba con atención, era todo un poco… fácil, simple. Nada que ver con sus otros casos —ni con los libros de Agatha. Eso sí que había que reconocerle: siempre tenía ideas brillantes, aunque su Poirot le sacaba de quicio. Pero probablemente era cosa suya, porque ese belga bajito le recordaba de forma inquietante a su profesor de francés… ¿Cómo había llegado a pensar en Poirot? Ah, claro… el ingenio, las pequeñas células grises. Una buena novela de misterio solo lo era si no solo había un motivo evidente, sino también otro más oculto, un secreto que no se revelaba tan fácilmente. Una víctima que no era tal, algo por el estilo. Secretos, en definitiva: esa era la sal de un buen crimen. Algo se le ocurriría, de eso estaba bastante segura.

Y luego estaba lo de Michael. ¿Un restaurante? ¿Él? Bueno, siempre había tenido debilidad por las cosas bonitas: coches de lujo, ropa exclusiva, buena comida. Claro que no iba a estar él mismo al frente de la cocina. ¿O sí? Le recordaba un poco a James Harford. Ese también dejó su vida de banquero y se fue a las Bahamas a montar un chiringuito en la playa. Mañana le preguntaría a Ethel por él; al fin y al cabo, acababa de visitar a su familia allí. En fin. Ya vería qué tipo de restaurante había montado Michael, pero por ahora

mejor volvía rápido a casa, porque estaba empezando a llover de nuevo…

# 2

El gran salón del Savoy parecía una colmena aquella tarde de viernes. Los huéspedes conversaban sentados a las mesas, visitantes adinerados de la ciudad paseaban por el vestíbulo del hotel y los empleados revoloteaban diligentes entre maletas, cajas y clientes. A Ariadne le encantaba el ambiente de ese hotel, aunque era escandalosamente caro. Sonrió en silencio. Ya no tenía que preocuparse por eso, claro está, pero a veces era difícil desprenderse de viejos hábitos. Había estado allí con George de vez en cuando, aunque a él nunca le había gustado demasiado. Pero eso era precisamente lo que tanto amaba de él: siempre decía lo que pensaba sin esconderse tras la típica barrera de cortesía británica. Y aun así, si había algo que a ella le gustaba y a él no, lo hacía por ella una y otra vez. Ay, a un hombre como él no lo volvería a encontrar jamás. Tampoco lo pretendía. No, con un George en la vida, ya se tenía más suerte que la mayoría de la gente. Todo lo que viniera después de él era, en el fondo, solo un consuelo.

Un hombre muy elegante pasó junto a ella y le hizo un gesto cortés con la cabeza. Alto, delgado, sienes plateadas, una mandíbula marcada y un traje que le sentaba como un guante. Bueno, mirar no hacía daño, ¿verdad?

Aunque observar al resto de los clientes empezaba a aburrirla un poco. Suspiró y dio un sorbo a su té. Luego miró el reloj. Ya eran las cinco y diez, y de Ethel ni rastro. Empezaba a impacientarse un poco, aunque a esas alturas ya debería saberlo. Ethel nunca llegaba puntual. Llegaría tarde hasta a su propio entierro. Suspiró y se sirvió otra taza de té. El pastel frente a ella se veía de lo más tentador, quizá podía tomar un pequeño bocado…

«¡Ariadne! ¡Querida!», resonó entonces una voz en todo el salón del Savoy. No solo ella se giró, también la mitad de los presentes. Ethel venía hacia ella a toda prisa, deslumbrante como siempre, enfundada en un abrigo blanco, con un vestido amarillo que parecía salido directamente de París o Milán. Un sombrero extravagante equilibrado sobre su melena negra perfectamente peinada y un collar dorado que brillaba en su escote, destacando contra su piel

oscura. Ethel era todo un espectáculo —y sabía perfectamente que en un lugar como aquel siempre llamaría la atención, vistiera discreta o no. Una vez le había dicho: «Ariadne, querida mía, si una mujer negra entra en un hotel así con un vestido sencillo, o la confunden con la señora de la limpieza o la echan de inmediato». Tristemente, no andaba desencaminada.

«Perdona el retraso, pero estaba con la suegra en Belgravia, y ya sabes cómo es ella, eso siempre lleva media eternidad.» Beso a la izquierda, beso a la derecha. El perfume de Ethel era embriagador, exótico y denso. Seguro que lo había descubierto en las Bahamas.

«La culpa es mía por ser puntual cuando quedamos», dijo riendo mientras señalaba la silla libre. «Ay, qué maravilla, una buena y vieja hora del té.»

«¡Pero si también hay hora del té en las Bahamas!», dijo Ariadne mientras Ethel se quitaba el abrigo y tomaba asiento.

«Sí, pero allí siempre hace tanto calor que no sabe igual. ¡Dos terrones de azúcar, por favor!»

Ariadne le pasó la taza.

«Ahora cuéntame, ¿cómo te fue?», preguntó después de que ambas se sirvieran un trozo de pastel.

«¡Un aburrimiento total! Playa, palmeras, más playa, más palmeras, demasiada comida con la familia. Mi hermano se casó, eso sí fue una fiesta divertida.»

Ethel se explayó con una narración enrevesada de la boda caribeña y Ariadne no pudo evitar reír a carcajadas varias veces.

«Creo que la próxima vez te acompaño», dijo entonces.

«¡Oh, sí, por favor! Sería genial. Nunca has estado en el Caribe, ¿verdad?»

«Sí, en Barbados, hace unos años. Mi ahijada Roberta se casó con ese oficial tan simpático de la Royal Navy. ¿Y tu libro, has avanzado?»

Ethel puso los ojos en blanco y cortó un trozo de pastel de crema con el tenedor.

«Sí, otro bodrio. No sé cuánto más puedo soportarlo. Chiquilla tonta se enamora de hombre atractivo y misterioso. No entiendo por

qué mis lectoras quieren leer eso. ¡De verdad que no! Estaba pensando en probar suerte con una novela de misterio.»

Ariadne suspiró.

«No digas tonterías. No tienes que leer ni disfrutar tus libros, solo escribirlos. ¿Recuerdas cuando conocimos a Agatha en la Writers Association? Odia a su Poirot con toda el alma —¡ya ha planeado hasta su muerte! Y aun así sigue escribiéndolo, porque ese belga irritante vende como pan caliente. Una escribe lo que el público quiere, si no, no se gana un duro. Aunque, siendo sincera, tú no necesitas trabajar, querida.»

«También es verdad. Al menos lo de las lectoras. Y en cuanto a mi situación financiera… no creo que estés mucho peor, ¿verdad? Aun así, a veces siento que me atonto escribiendo siempre lo mismo. ¡Siempre la misma historia!»

«Es que las lectoras quieren siempre lo mismo. O al menos la misma emoción. Por eso leen tus novelas. Quieren sumergirse en tus dulces y perfectas historias de amor.»

«¡Pero aún así! Margret dice que debería sacar partido a que soy la viuda de un conde de verdad y escribir novelas románticas de aristócratas. Pero creo que antes me lanzo por la ventana —¡o delante de un autobús! Eso lo puedes hacer tú. ¡Tú también eres una Lady!»

«No exageres. Y sabes que nunca he usado el apellido de George para mis libros, se lo prometí a su madre.»

«Fácil lo tienes tú, puedes escribir lo que te dé la gana.»

«Díselo a Margret. Siempre viene con ideas ridículas. Hace poco me dijo que escribiera una novela desde el punto de vista del asesino. Una tontería, si me preguntas. La escribí, sí, pero creo que es la peor que he hecho en mi vida. Estuve a punto de usar un seudónimo solo para esa basura. Y la última vez que nos vimos, me soltó que debería escribir una novela de misterio con un perro detective, ¡sea lo que sea eso! "Querida, haz uno de esos caniches que resuelven crímenes. A la gente le encantan: lindos, ladradores e inteligentes y todo eso", fueron sus palabras exactas.»

Ethel soltó una carcajada. «¡Ay, Dios, la estoy oyendo! —y todo eso. Y claro que tiene que ser un caniche. Si se mira al espejo, no

puede pensar en otra cosa. ¡Por el amor de Dios, y encima dice que es su pelo natural! Pero, querida, tampoco debe ser tan difícil reescribir un poquito, ¿no?»

«¡Siempre habláis como si escribir una novela de misterio fuera lo más fácil del mundo! A ver tú cómo te las apañas para inventarte cada año diez nuevos motivos, tramas interesantes y complots bien enredados. A veces me encantaría escribir una cursilada sencilla, de verdad.»

«¡Y así cargamos ambas con nuestro fardo!», dijo Ethel y se echó a reír. «Si alguien nos oyera quejarnos, pensaría que realmente trabajamos por nuestro dinero, ¿eh?»

«¡Por el amor de Dios, qué horror!», dijo Ariadne y se unió a las risas.

«Por cierto, cambiando de tema: ¿Sabías que Michael ha vuelto al país?»

Ethel la miró por debajo de unas cejas fruncidas pero perfectamente maquilladas.

«¿Qué Michael? Conozco al menos una docena. ¡Ese no es un nombre, es una categoría!»

«Michael Sheffield.»

«¿Sheffield? ¿El moreno con bigote?»

«No, el alto de cabello rubio oscuro.»

«Ah, sí, espera… ese era el que se casó con una brasileña, ¿no? Un tipo muy apuesto que te acompañaba a todas partes.»

«Una argentina, pero da igual. Y no lo llevaba a todas partes, qué disparate.»

«¡Claro que sí! Todos pensábamos que era un poco joven para ti, pero bueno…»

«¡Estáis todos locos! Para empezar, de eso hace ya doce años, yo tenía apenas treinta y ocho…»

«¿Y él? ¿Veinticinco?»

«¡Y qué más da! ¡Tu marido tenía casi setenta cuando os casasteis! Pero no importa, porque nunca hubo nada entre Michael y yo.»

«Si tú lo dices…»

«Pff. ¡De verdad! ¡Lo que os gusta imaginar! No proyectes lo tuyo en mí, querida. Y si no te has vuelto a casar es porque estás

encaprichada con tu título.»

«¡Ja! Podría cazarme un duque si quisiera. Pero bueno, sigue.»

«Michael estaba metido en bolsa y lo conocí en una fiesta del vizconde Blenvern. Ya tenía un buen patrimonio y luego se fue unas semanas a París por trabajo.»

Ethel se limpió la boca con la servilleta y asintió.

«Cierto, ya me acuerdo. Estabas destrozada.»

«¿Puedes dejar ya esa tontería? En París conoció y se enamoró de la hija de un terrateniente argentino y se fue a vivir con ella. Se llama Marisa. Nos escribimos un par de veces, pero ya sabes cómo va eso. Al final quedaron solo tarjetas de cumpleaños y Navidad. Trabajaba para una gran empresa británica en Buenos Aires, pero no me preguntes los detalles. Mucho estrés, viajes, ausencias largas. El caso es que ahora su mujer está embarazada.»

«¡Mis condolencias!», dijo Ethel con una sonrisa.

«Muy graciosa. Dice que quiere pasar más tiempo con su esposa y el bebé, así que se han mudado a Londres. Y ahora adivina a qué se va a dedicar.»

Ethel se sirvió otro trozo de pastel y la miró.

«Odio esos jueguecitos. ¿Cómo se supone que voy a adivinar eso?», dijo y mordió la tartaleta de fresa.

«Eres una aguafiestas, pero está bien, nunca lo habrías adivinado: ¡va a abrir un restaurante argentino con música en vivo y espectáculos de tango!»

Ethel se limpió los labios con su servilleta con toda elegancia.

«¿Ah, sí? Suena un poco a cliché, ¿no te parece? ¿También tienen vacas? ¿O los camareros van vestidos de gaucho?»

«Supongo que eso quiere decir que no quieres venir mañana, ¿verdad?»

«¿Estás loca, querida? ¡Claro que voy! Y ahora cuéntame todo sobre tu nueva novela.»

# 3

Un desayuno con Margret un sábado era casi tan agradable como una endodoncia sin anestesia. Y, en fin, ¿por qué no podía aclarar por teléfono lo que fuera que quisiera de ella? Ariadne suspiró en silencio y se puso a buscar un sombrero. ¿Quizá el negro con plumas blancas? Sí, combinaba bien con su vestido. ¿O era demasiado ostentoso? Se lo colocó y se miró al espejo, sí, muy favorecedor.
«Está usted guapísima, señora. ¿Va al teatro?», preguntó Rosemary.
«Sí, claro, al teatro a las diez de la mañana», respondió, quitándose el sombrero. Mejor este otro, más pequeño, con cierto aire oriental y ese borlón dorado.
«Volveré a casa a mediodía, pero no hace falta preparar una gran comida, con un bocadillo basta», dijo luego a su ama de llaves.
«Como usted diga, señora», contestó ella, y volvió a la tarea con el plumero. Aquella mujer era quizá la crítica de moda más aguda del Támesis, sin pronunciar jamás una palabra desagradable. Lo que lo hacía aún peor. Pero tenía razón, por supuesto: el sombrero pequeño quedaba mucho mejor.
«¡Ya me voy!», gritó, pero Rosemary ya tarareaba absorta en su trabajo y no respondió. Pues allá vamos.

«¡Daaarling!» Margret se levantó, maquillada como siempre un poco demasiado para la ocasión, y le estampó un beso en la mejilla. Ariadne estuvo a punto de desmayarse por el perfume, pero prefirió no decir nada. Margret era muy sensible con esas cosas. Y ese peinado… Le vino a la mente el comentario de Ethel y tuvo que contenerse para no reírse. No era un caniche detective, pero uno algo… despistado…
«¡Siéntate! ¿No es encantadora esta nueva cafetería y todo eso?»
Ariadne frunció el ceño. ¿«Encantadora»? ¿Pero qué palabra era esa? Y esta mujer era quien revisaba sus manuscritos, en fin…
«Sí, encantadora, de verdad», dijo, tomando asiento. La cafetería estaba decorada al estilo de una posada rural. Para que los urbanitas se sintieran como en Oxfordshire. Vaya usted a saber por qué eso podía apetecerle a alguien.

«Tengo dos cosas que quiero hablar contigo, ¡imprescindiblemente, darling!», dijo Margret encendiendo un cigarrillo con una larga boquilla.
«¿Ah, sí?», preguntó, haciendo una señal a una camarera.
«Ya pedí yo, no te preocupes, darling. A ver, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! ¡Grandísimas noticias! De verdad, maravillosas: ¡la BBC quiere hacer una radionovela con uno de tus libros! ¿Qué te parece?»
«¿Es… estupendo?»
«¡Un poco más de entusiasmo, darling! Es fantástico, ¡una oportunidad increíble y todo eso!»
Ariadne asintió. ¿Oportunidad? Total, Margret no iba a tener que sentarse a reescribir el manuscrito. Bastante tenía ya con el nuevo 'Arford' y la planificación de su próxima serie de crímenes con dos amigos detectives.
«¡Va a ser un éxito, lo presiento! Una radionovela es algo tan moderno y todo eso. ¡Imagínate la cantidad de gente a la que podremos llegar! ¡Maravilloso! Estoy segura de que tus cifras de ventas se van a disparar.»
«Sí, claro, suena emocionante», dijo, mientras las camareras traían el desayuno. «Traer», pensó. Qué palabra curiosa. Se puede «traer crema», «traer el desayuno» o «exagerar», como Margret… Debería anotarlo. ¿Dónde estaba su libreta? Bueno, lo apuntó en la servilleta y la guardó. Margret seguía parloteando sin parar y Ariadne asentía de vez en cuando, sin prestar mucha atención. Con Margret, eso había que entrenarlo si no se quería perder la cabeza. En el fondo, era muy simpática, y se implicaba de verdad con los manuscritos, cuidaba a los autores y siempre tenía ideas nuevas para el marketing. Pero cuando arrancaba, no paraba de hablar, y solo un tercio de lo que decía debía tomarse en serio. El problema era que nunca sabías qué tercio…
«¿Tú qué opinas?», llegó la temida pregunta.
«Sí, bueno, suena estupendo, querida. Estoy segura de que desde la editorial lo haréis muy bien», respondió con una sonrisa, y Margret le devolvió una mirada radiante. Uf, salvada.
«Entonces cerramos el contrato con la BBC, ¡están muy entusiasmados! Podemos organizar una reunión. Me dijeron que

tienen todo un equipo de guionistas para ayudarte a reescribir el libro. ¿No es absolutamente encantador?»
¿Qué le pasaba hoy a Margret? ¿Un derrame? ¿O simplemente un brote de neologismos? Al conocer a 'Margret' uno olvidaba que en realidad se llamaba Irina y que no era nativa. Quizá fuese eso.
Mientras Ariadne comía sus huevos revueltos con bacon, Margret no dejaba de hablar sobre la radionovela. Finalmente, terminó.
«Así que ya lo dejamos todo preparado, darling.»
«Perfecto. ¿Y qué era la otra cosa que querías tratar conmigo?»
Margret dio un sorbo al café y puso su cara de 'me-caes-muy-bien-pero-ahora-va-en-serio'. Mal augurio.
«Es sobre la trama de tu último 'Arford'. ¿No crees que podríamos añadir otra capa y todo eso?»
Ariadne frunció el ceño.
«¿Cómo? ¿Otra capa?»
Margret suspiró.
«No me malinterpretes. La idea del viaje a Bruselas me encanta. Y también el escenario, ballet, estupendo, creo que nadie lo ha hecho antes. Pero si el español resulta ser el asesino, ¿no es demasiado obvio y todo eso? No quiero meterme donde no me llaman, pero…»
«Sí, pero él tiene el mejor motivo. ¿Quién crees tú que debería ser el asesino?»
Margret soltó una carcajada.
«Daaarling, esa no es mi tarea. No, no pienso meter mano en tu texto, de ninguna manera. Solo decía que tal vez sería interesante añadir una capa más, un asesino inesperado y todo eso. ¿Y este otro tipo, no podría tener un motivo también?»
«¿Qué otro tipo, Margret? ¡En el libro hay varios hombres!»
«El gordito que cojea», dijo.
«Pero eso… madre mía, ¿cómo te lo explico mejor? Pues verás…»

Ariadne le explicó a Margret durante unos veinte minutos por qué solo el español podía ser el asesino, mientras su desayuno se enfriaba.
«¡Pero sería una sorpresa total!», exclamó Margret, dando una calada a su cigarrillo.

«Sí, porque no tendría ningún sentido… tendría que haberse atacado a sí mismo y…»
Margret aplaudió entusiasmada.
«¡Exactamente eso es lo que tenía en mente! ¡Maravilloso! Sabía que nos entendíamos.»

«¿De verdad dijo eso?», preguntó Ethel mientras se sujetaba al asiento cuando Ariadne tomó una curva con brusquedad.

«Sí, ¡pensé que había oído mal! ¡Eso significa que tengo que reescribirlo todo! Quiero decir, una tiene un leitmotiv, un tema, y no pega nada cambiar al asesino al final, así por las buenas.»

Ethel se apartó un mechón de la cara.

«Entiendo tu postura, es un trabajo horrible…»

«¡Ja! Eso significa que tengo que rehacerlo desde cero. ¿Y cuándo se supone que voy a tener tiempo para eso? ¡Ya tengo el siguiente caso en marcha y ahora también lo del radioteatro!»

«Pero, hablando en serio, ¿te lo has planteado? Digo, yo he echado un vistazo al texto y la idea de Margret no es tan descabellada. Se nota bastante rápido que el asesino solo puede ser el español. Pero si fuera el gordito, eso sí que sería una sorpresa. Y él también tiene un motivo, ¿no crees?»

«Sí, pero no encaja con el leitmotiv… ¡Y además queda muy forzado!»

«No necesariamente. Justo el otro día leí en el periódico sobre un caso real tan enrevesado que nadie habría adivinado la solución en cien años, si no hubiera sido porque uno de los cómplices cantó. Y aun así, casi no se lo creía nadie. ¡Deberías meter más cosas así!»

«¿Porque tú en tus novelas románticas te ciñes siempre a la realidad?», preguntó Ariadne mientras tomaba otra curva cerrada.

«Eso es otra historia, y lo dijiste tú misma ayer. Por cierto, espero que la comida esté buena en este restaurante, ¡me muero de hambre!»

El restaurante estaba en una pequeña callejuela donde ya había otros dos: un restaurante francés bastante grande y un italiano con un toldo rojo muy simpático. Ariadne aparcó a Berta justo frente al italiano, que se llamaba ‘Trulli’.

«Bastante competencia en esta calle. Si no nos gusta la comida de Michael, podemos probar este italiano. He oído muy buenas críticas», dijo Ethel, mientras caminaban juntas de vuelta al 'Asado de Oro'.

«Dicen que la competencia es buena para el negocio. Y hay calles con muchos más bares y restaurantes pegados que esta», dijo Ariadne.

«Sí, pero ¿has visto que en el francés no había casi nadie?»

«Puede ser, pero quizás los clientes llegan más tarde.»

Ya estaban frente a la puerta del 'Asado', y desde dentro salía música de tango a la calle. Una gran pancarta anunciaba que ese día tenía lugar la 'Gran Inauguración'.

De hecho, una multitud de damas y caballeros elegantemente vestidos y de buen humor entraban en el local.

«¡Michael no puede quejarse de falta de clientela!», dijo, sosteniéndole la puerta a Ethel.

«¡Ah, Ariadne!»

Michael se acercó y abrazó primero a ella y luego a Ethel, sonriendo con todo el rostro.

«Ethel, ¿verdad?»

«¡Exactamente! Qué bonito está todo esto. ¡Muy elegante!», dijo Ethel, mientras Michael le quitaba el estola de visón, completamente fuera de lugar con aquel tiempo.

«Sí, ¡la elegancia es el lema!», dijo Michael.

«¡Ethel temía tener que comer sobre una paca de heno atendida por gauchos!», dijo Ariadne.

«¡Oh! No, no, ¡eso sí que no! Pero venga, os acompaño a vuestra mesa», dijo Michael, y Ariadne se colgó de su brazo.

«Os he puesto con el señor Harold, el crítico del London Times. Marisa también está con vosotros, y el conde de Brankfield con su esposa. ¿Está bien así?», le susurró.

«Por supuesto. Tenía muchas ganas de conocer a tu encantadora esposa, y a los Brankfield los conozco de toda la vida.»

«Y si la comida no está buena, yo distraigo al crítico», dijo Ethel, una vez más sorprendiendo a Ariadne con su oído fino.

«Sería encantador, ¡pero no creo que haga falta!», dijo Michael.

«Milord, Milady, señor Harold, ¿puedo presentarles a sus encantadoras acompañantes de esta noche? ¡Ariadne Arlington y Ethel Witherspool!»

«¡Ah, Ariadne, qué alegría!», dijo Marleen, dándole un beso en la mejilla.

Después de que todos tomaran asiento y charlaran un poco de trivialidades, Ariadne se volvió hacia Marisa, que hasta entonces había permanecido muy callada. Ethel tenía entretenidos a los demás con una historia divertidísima sobre las Bahamas y unos cerdos nadadores que, al parecer, existían de verdad.

«¿Ya se ha ido adaptando un poco? Me imagino que debe de ser un gran cambio», preguntó Ariadne.

Marisa, una mujer bellísima, de cabello oscuro y ojos grandes, casi melancólicos, sonrió.

«Ya había estado en Inglaterra antes, así que no me resulta del todo desconocido, pero tiene razón. La vida aquí es muy distinta. Michael hace todo lo posible para que me sienta a gusto, y la casa nueva es un sueño», dijo. Pero no sonó del todo convencida.

«Imagino que el clima aquí deja bastante que desear», dijo Ariadne.

«Oh, en Argentina no siempre hace calor, aunque sé que muchos europeos piensan eso. Simplemente llueve menos, al menos en la zona donde mi familia tiene sus estancias. Pero en Buenos Aires, donde vivimos por última vez, llueve bastante más.»

Contó algo sobre su tierra natal, pero Ariadne solo le seguía a medias. ¿No había dicho Michael que trabajaba en Buenos Aires y que por eso había estado tanto tiempo separado de su esposa? Ahora, sin embargo, Marisa le hablaba de una preciosa casa con jardín en un barrio residencial de la capital. Probablemente lo había malinterpretado y él se refería a sus viajes de negocios.

«… y con el restaurante, también tengo un pedacito de mi tierra, se podría decir.»

«Sí, de verdad es precioso. El restaurante es elegantísimo. Seguro que usted fue quien tomó las decisiones en la decoración, ¿no?»

Marisa soltó una carcajada.

«Sí, si hubiera sido por Michael, ¡tendríamos cabezas de toro en las paredes y muebles rústicos!»

«¿Y la carta? ¿Cree usted que la veremos hoy todavía?», preguntó Harold, mirando a su alrededor con impaciencia.

«Pero, querido, si tiene usted justo delante el menú de hoy», dijo Ethel, alzando una tarjetita de papel.

«Hoy servimos para todos los invitados una degustación de la casa: ensalada mixta, una sopa de verduras argentina, una parrillada variada y una macedonia con helado», explicó Marisa.

Harold arqueó una ceja.

«Bueno, esto es… poco habitual.»

«¡Debería animarse a probar cosas nuevas, viejo amigo!», dijo Brankfield dándole una palmada en el hombro huesudo. Ariadne disimuló una sonrisa. Brankfield era un hombre grande, muy corpulento, con unas patillas que lo hacían parecer mayor que sus treinta y cinco. Ruidoso, tosco y aficionado a las caminatas, la caza y el rugby: un noble de campo en toda regla. Harold, en cambio, parecía más bien una comadreja calva con traje.

La conversación continuó, acompañada por los acordes del grupo de tango, el tintinear de copas y las risas y murmullos de las otras mesas. El ambiente era agradable, y por fin llegó el primer plato: la ensalada. Ariadne tenía tanta hambre que, rompiendo su costumbre, ya se había comido dos trozos de pan.

«¡Maravillosa, la ensalada!», dijo el señor Harold. Y en efecto, la ensalada mixta, servida en cuencos de cerámica oscura, tenía un aspecto delicioso.

«¿Qué lleva el aliño?», preguntó Harold.

«Una vinagreta con vinagre, aceite de oliva, ajo picado, cilantro y aguacate», respondió Michael, que había venido a la mesa con los camareros.

«Oh», se le escapó a Ariadne.

Michael la miró con el ceño fruncido.

«¿Pasa algo?»

«Soy alérgica al cilantro, pero no te preocupes, no quiero que te molestes por mí. Tomo un poco más de pan, la mantequilla está deliciosa.»

«¡Ni hablar! Voy ahora mismo a la cocina y…»

«No, tú atiende a tus otros invitados, insisto», dijo ella sonriendo. Aunque Michael puso cara de niño castigado, se encogió de hombros y se fue.

Los demás atacaron la ensalada como si llevaran días sin comer, solo Ethel tampoco probó bocado.

«No tolero el ajo… y tengo una cita mañana», le susurró.

«Excelente, de verdad, muy buena», dijo el señor Harold, anotando algo en su libretita. A juzgar por la expresión de los Brankfield, la ensalada estaba siendo todo un éxito. Ariadne tomó otro trozo de pan, crujiente y fresco. La mantequilla salada era realmente exquisita, y una buena alternativa a la ensalada…

El resto del menú fue realmente excepcional. Una sopa sabrosísima, un filete magnífico con una salsa que, según Marisa, se llamaba «chimichurri», además de unas albóndigas y algo que a Ariadne le recordó a una carne asada muy especiada. Antes del postre, hubo una exhibición de tango que Michael había anunciado.

«Tengo que decirlo: la comida es fantástica. Podría venir más seguido, sobre todo con caballeros, que adoran estos filetes enormes», comentó Ethel.

«No solo ellos. ¡La carne estaba impresionante! Creo que jamás he comido una carne así. De verdad, Marisa, ¡mis felicitaciones!», dijo Ariadne. El señor Harold, sin embargo, tan elogioso hasta entonces, estaba sorprendentemente callado y se secaba la frente y el labio superior con la servilleta. Ariadne frunció el ceño. Mientras los bailarines giraban sobre la pequeña tarima, se dio cuenta de que no solo Harold se comportaba raro. Algunos invitados bebían agua con avidez, otros tenían el rostro desencajado.

«Perdone… creo que voy a…», dijo Brankfield, levantándose de golpe. Fue como si eso activara a los demás. Marisa miraba atónita cómo cada vez más comensales se levantaban precipitadamente en dirección a los baños. Una señora se desplomó sobre su silla con claros síntomas de espasmos.

«¿Qué pasa?», gritó Marisa, poniéndose de pie.

«¡Dios mío, creo que voy a vomitar!», exclamó Harold, que salió corriendo pero solo logró llegar hasta una gran maceta. Ethel miró

fijamente a Ariadne, que contemplaba horrorizada el infierno digestivo que se desataba a su alrededor.

«¿Tú estás bien?», preguntó Ethel.

«Sí. ¿Y tú?»

«Perfectamente, ¡qué raro! Aunque con este olor… creo que ahora sí me voy a marear.»

«Damas y caballeros, por favor, conserven la calma, yo…», intentó Michael, pero el pánico ya se había apoderado del local. Cristales rotos, sillas y mesas empujadas, gente huyendo como podía del restaurante. Pero no todos tenían fuerzas para levantarse. Algunos se quedaban sentados, jadeando, cubiertos de sudor. Otros yacían en el suelo.

«¡Ayuda! ¡Necesito ayuda! ¡No respira!», gritó una mujer desesperada entre sollozos, arrodillada junto a un anciano que apenas podía emitir un gorgoteo. Su rostro ya estaba amoratado. Ariadne se levantó de un salto y corrió hacia Michael, que, lívido de terror, estaba paralizado detrás de la barra.

«¿Qué demonios está pasando?», balbuceó.

«¡Llama a un médico!», dijo ella, pero Michael seguía mirando atónito el caos en que se había convertido su elegante restaurante.

«Arruinado… estoy arruinado», murmuró, mientras Ariadne encontraba el teléfono y marcaba el número de emergencias y el de la policía…

# 4

Lo que hasta hacía poco había sido un restaurante elegante se había convertido ahora en un hospital improvisado. Decenas de paramédicos, médicos y policías iban y venían entre los comensales, que permanecían sentados o tendidos en el suelo, gimiendo de dolor. Más de cincuenta personas se habían visto afectadas. Los médicos hacían un triaje: quién debía ser trasladado con urgencia, quién podía esperar unos minutos más, quién tal vez podría marcharse a casa tras una infusión.

Ariadne, que estaba sentada con Ethel en una esquina del restaurante, observaba a Michael, que, fumando un cigarrillo tras otro, se movía nervioso entre los invitados. Su cabello estaba revuelto, la camisa manchada. Todo parecía más bien un campo de batalla que un restaurante de lujo.

«A ese tal Harold le ha ido bastante mal, ¿no?», preguntó Ethel.

«Ya lo creo.»

Un médico acababa de cubrir el rostro del señor Harold con una sábana blanca y ordenaba a dos camilleros que retirasen el cuerpo. ¿Qué demonios había pasado allí?

Marisa se ocupaba con esmero de los que no estaban tan graves, repartía té, agua y toallas.

«Un atentado con veneno», dijo Ethel, con una mezcla de horror y fascinación. «¡Una sale una vez a cenar con una autora de novelas de misterio y mira lo que pasa!»

«Ja, sí, muy gracioso. Pero con lo del veneno puede que tengas razón. Tiene que haber sido algo en la comida.»

«Pero todos comimos lo mismo.»

«Eso no significa nada. Mira, los que no están tan mal son más jóvenes. A lo mejor sus cuerpos lo resistieron mejor.»

«Bueno, nosotras no somos precisamente jovencitas, y yo solo tengo un poco de malestar. Pero más por el olor que otra cosa.»

«Yo no tengo nada.»

«¡No puede ser!»

Ariadne levantó la vista.

«¡Ah, Chief Inspector! Ya me preguntaba quién estaría al mando aquí», dijo Ariadne, dedicándole una sonrisa al joven agente.

«¿Y por qué no me sorprende encontrarla a usted aquí?», preguntó él.

«Ethel, te presento al Chief Inspector Jones, de Scotland Yard. Inspector, esta es mi querida amiga Ethel Witherspool, más conocida por su nombre artístico Florence Grand.»

«Un placer, señora.»

«¡No me habías dicho que tienes amigos policías tan apuestos!», dijo Ethel, y Ariadne notó que a Jones se le sonrojaban las orejas.

«Nos conocimos en ese asunto en Bedford, ya sabes, el asesinato de ese pobre chico.»

«¡Claro! Me lo contaste. Qué emocionante. Bueno, Chief Inspector, ¿qué sabe usted ya de este misterio?»

Jones se pasó la mano por el pelo y luego se sentó a la mesa.

«Primero van a responderme unas preguntas», dijo.

«Por supuesto», dijo Ariadne, adelantándose a Ethel, que ya había tomado aire.

«¿Qué hacían aquí?», preguntó Jones.

«Michael Sheffield es un viejo amigo. Hace más de diez años se fue a Argentina por amor y ahora ha regresado con su esposa Marisa. Nos invitó a Ethel y a mí a la inauguración de su restaurante, por eso estábamos aquí.»

«Y por supuesto es pura casualidad que haya un muerto», dijo Ethel, con una sonrisa de lo más dulce.

Jones frunció el ceño.

«Lo que me intriga más bien es por qué ustedes dos no presentan ningún síntoma.»

«¿Suerte?», dijo Ethel.

«He hablado con uno de los médicos. Dice que todo apunta a una intoxicación por carne. Pero también resulta curioso que solo el crítico gastronómico, el señor Harold, haya muerto, ¿no cree?»

«¡Oh, vamos, Jones! ¿Está insinuando de verdad que Michael envenenó a casi todos sus comensales solo para encubrir el asesinato de un crítico? ¿Y con qué motivo? ¡Estábamos sentados

con él y estaba encantado con la comida! Le habría dado una crítica magnífica.»

«Yo no insinúo nada, solo recopilo hechos.»

«¡Ja! La última vez no quiso creerme que se trataba de un asesinato, aunque todo apuntaba a ello, ¡y ahora, cuando todo indica lo contrario, resulta que sí lo es! ¡Los hombres son un misterio!»

«No estoy sugiriendo nada, señora Arlington. Solo analizo la situación, eso es todo.»

«¡Y no puede haber sido la carne!», dijo Ethel.

«¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabe? ¿Es usted médica?», preguntó Jones.

«No, querido, soy escritora, igual que nuestra encantadora Ariadne. Pero tampoco hace falta ser doctora para entender esto. Todos recibimos el mismo menú: ensalada, sopa, parrillada y postre. En nuestra mesa todos cayeron enfermos, menos Ariadne y yo, y nosotras…»

«¡No comimos ensalada!», dijo Ariadne.

«Exactamente. Yo evité el ajo y Ariadne es alérgica al cilantro. Los demás sí que la comieron, y les encantó.»

«¡Ahí está! ¡Tuvo que ser la ensalada!», dijo Ariadne, pero Jones no parecía del todo convencido.

«Esperen aquí, vuelvo enseguida», dijo, y se levantó.

Ethel lo siguió con la mirada y luego se volvió hacia Ariadne.

«Dios mío, qué hombre más atractivo. A ti los hombres jóvenes y guapos te siguen como las moscas a la miel. ¡Quién lo diría!»

«¿Qué quieres decir con eso?»

«Nada, cariño, solo era una broma tonta. Bueno, ¡volvamos a nuestro caso!»

Ariadne la miró alzando las cejas.

«¿Nuestro caso? ¡No exageres!»

«¡Oh, por favor! Claro que es un caso, y nosotras somos escritoras. ¿Quién mejor para resolverlo?»

«¿La policía, quizá?»

«¡Ja! Aficionados. Ni siquiera se dieron cuenta de lo de la ensalada, y era evidente.»

Ariadne tomó un sorbo de agua.

«Para nosotras sí, porque lo vimos. Él no podía saberlo.»

«¡Si hubiera estado atento, sí!»

Ariadne suspiró. Investigaciones, un caso… no, de verdad, no tenía tiempo para esas cosas. Y esto ni siquiera era un "caso", sino más bien un asunto para sanidad pública…

Jones volvió a la mesa acompañado de un médico.

«Señoras», dijo, llevándose dos dedos a la sien a modo de saludo.

«Este es el doctor Fleming, el jefe del equipo médico de urgencias. ¿Podrían contarle lo mismo que me han dicho a mí?»

«Encantadas. Pero siéntese, doctor», dijo Ethel, con una sonrisa radiante. Cielo santo, esta mujer coqueteaba con cualquier hombre mínimamente presentable. ¿Y decían que salía con hombres jóvenes? Por favor…

«No comimos la ensalada. Los demás en nuestra mesa sí. Lo que haya causado todo esto estaba en esa ensalada», dijo Ariadne.

«Bueno, eso sería… bastante preocupante. Los síntomas parecen de intoxicación cárnica. Si fue la ensalada…»

«¡Entonces tuvo que ser envenenada!», dijo Ethel.

«Muy bien observado. Eso habría que asumir. Liam, toma una muestra de la ensalada de la cocina», ordenó a un joven con bata blanca. Este asintió y se dirigió a la cocina.

«¿Una intoxicación? ¿Y no puede ser que la ensalada estuviera en mal estado?», preguntó Jones.

«Tendré que analizarlo en el laboratorio. Pero las verduras no provocan síntomas tan intensos. Y si las señoras dicen que no la comieron, y los demás sí…»

«Seguro que no todos se la comieron entera, por eso no todos están igual de mal», dijo Ethel.

«Es posible. En todo caso, ha sido una pista muy valiosa. Si se tratase, por ejemplo, de una infección bacteriana, la cantidad no marcaría tanta diferencia. Pero con un veneno… ya es otra cosa. También deberíamos inspeccionar bien la cocina y hablar con el personal: ¿quién preparó la ensalada?»

«Eso será complicado», dijo Marisa, que se acercó y, al parecer, había oído la conversación.

«¿Por qué?», preguntó Jones.

«Mandamos al personal a casa. Pero mañana por la mañana volverán para limpiar. Fue un shock para todos. ¿Fue un error? Lo siento, yo solo…»

«No, no, es comprensible. Pero tendré que hablar con todos ellos mañana», dijo Jones. «¿Ninguno presentó síntomas?»

«No, nuestros empleados están bien. El cocinero tuvo algo parecido a un colapso nervioso y, bueno, para los demás fue también muy traumático, pero nadie tuvo náuseas ni nada. Todos volverán mañana a partir de las diez», dijo Marisa.

«¡Entonces mañana los interrogaremos!», dijo Ethel, radiante.

Jones frunció el ceño y miró a Ariadne. Ella solo se encogió de hombros. Cuando Ethel se empeñaba en algo, no había quien la detuviera.

«Venid mañana a desayunar a casa, así hablamos con calma de todo esto», dijo Ariadne a Michael, que estaba derrumbado tras la barra, con un cigarro en la boca y un vaso en la mano.

«Encantados», dijo Marisa, abrazando a su marido por los hombros.

«Arruinado. Estoy totalmente arruinado. ¿Quién volverá a un restaurante donde en la inauguración envenenan a todos los clientes?», dijo, ya con la voz algo pastosa.

«Ahora deberías intentar dormir un poco. Mañana hablamos tranquilos, ¿sí?», dijo ella, pero Michael solo miraba fijamente su copa.

«Me encargaré de que se acueste enseguida», dijo Marisa sonriendo.

«Muy bien, ¿entonces quedamos sobre las ocho y media?»

«Sí, me parece perfecto.»

«Es apasionante, ¿no te parece?», preguntó Ethel en el coche.

«No lo sé. A mí más bien me parece espantoso. Que escriba sobre asesinatos no significa que me parezcan divertidos en la vida real.»

«¡Ah! Entonces admites que crees que ha sido un asesinato.»

Ariadne aparcó frente a la ostentosa casa de Ethel en Belgravia.

«Sí, no, no lo sé. Lo que tengo claro es que no pudo ser un atentado dirigido exclusivamente a Harold.»

«¿Ah, no?»

«Sí, probablemente no lo notaste, pero el camarero vino con una bandeja hacia la mesa de al lado, pero allí ya había otro colega. Solo después vino a la nuestra. Así que las ensaladas debían ir en realidad a la mesa vecina. Harold no recibió una ensalada especial. Además, sería un poco excesivo envenenar a todos los comensales solo para deshacerse de un hombre, sea Harold o alguien de la otra mesa, ¿no te parece?»

«Tú eres la experta.»

«Creo que nuestro señor Harold simplemente tuvo mala suerte. Quizá ya estaba enfermo o tenía un organismo más débil. Algunos de los demás también mostraron síntomas bastante graves, y uno solo se salvó porque lo reanimaron. No, yo descartaría un ataque dirigido contra una sola persona. Incluso diría que el culpable no tenía intención de matar a nadie. Esto me huele más bien a un acto de sabotaje de algún competidor.»

«¡Oh, esto ya parece una novela de suspense! ¿Dices que uno de los otros dos restauradores de la calle podría estar detrás? ¡Si te dije que el restaurante francés estaba completamente vacío! ¿Una guerra entre restauradores? ¡Qué emocionante y terrible!»

«Terrible lo describe bastante bien. Pero hay algo más que me llamó la atención y que podría tener cierta relevancia dada la situación: Michael estaba raro cuando estuvo conmigo. Antes no fumaba, ¿verdad? ¿O lo recuerdo mal?»

«¡Vaya preguntas haces! ¿Acaso no fuman todos los hombres? No sé si fumaba entonces, pero ¿qué tiene eso que ver?»

«Estaba nervioso, fumaba un cigarrillo tras otro. No dijo nada, pero parecía casi… asustado. Mañana tenemos que hablar seriamente con él. Tal vez hubo amenazas previas o algo por el estilo.»

«¡Sabía que acabarías investigando!»

«Bueno, no puedo dejarte sola con el pobre Chief Inspector, ¿verdad? Y ahora, ¡fuera de mi coche! Estoy muerta de cansancio y necesito dormir.»

«Nos vemos mañana, querida», dijo Ethel, le dio un beso en la mejilla y bajó del coche. Ariadne esperó a que Ethel entrara en casa y luego arrancó. Sí, dormir. Era, sin duda, la mejor idea.

¡Por supuesto que no podía dormir! Suspiró y encendió la pequeña lámpara de noche. Luego tomó su bloc y un lápiz.

Lo mejor sería apuntar lo que le pasaba por la cabeza. Siempre era el mejor método… al menos a la hora de tramar una buena novela. Así que escribió:

'Michael, un hombre que de pronto regresa de Argentina a Inglaterra y abre un restaurante, aunque nunca antes había trabajado en ese ámbito. Nervioso. ¿Amenazas? ¿De verdad ha vuelto solo por la familia? ¿Enemigos en Argentina? ¿Nuevos enemigos en Londres? ¿Restauradores?'

Subrayó la última palabra. Al menos era una posibilidad. El restaurante francés estaba realmente vacío. ¿El dueño le echaba la culpa de la falta de clientes al nuevo? ¿Se sentía amenazado en su negocio? ¿Quería eliminar a la competencia? ¿Qué había dicho Ethel? Escribió: 'Una guerra entre restauradores. Investigar los restaurantes de la calle. Arma: ensalada envenenada.'

Bueno, esto sí que era algo nuevo.

'Motivo: ver arriba. Medio: ? Oportunidad: ?'

Todavía no había nada realmente concreto, solo el esbozo de una idea. ¿Cuál era la oportunidad? Oportunidad, oportunidad, hmm. ¿Un cocinero? ¿Uno de los camareros? ¿Tal vez un miembro de la banda o uno de los bailarines? ¿Alguien que en realidad trabajara para otro restaurador y que ahora estuviera "infiltrado" en el equipo de Michael? ¡Al menos, era plausible!

Escribió 'agente doble' en la hoja y suspiró. ¡Esto sí que parecía un thriller, por todos los cielos!

Y aunque no era mucho todavía, su pequeño esquema ya contenía todos los ingredientes de una buena novela de misterio.

Mañana tendría que tener una charla muy seria con Michael y Marisa. Miró el reloj. Casi la una. Ya era hora de dormir, ¡y de verdad!

# 5

Ariadne contemplaba el pequeño bufé de desayuno que Rosemary había preparado.

«¡Todo tiene una pinta estupenda!», dijo.

«¡Gracias, señora!» Y luego volvió a la cocina para preparar el café y el té. Ariadne bostezó un poco. Esa no era, desde luego, su hora ideal. Una de las ventajas de la vida de escritora era precisamente poder dormir hasta tarde. Miró el reloj, ya casi y media. Seguro que sus invitados… Sonó el timbre. Como Rosemary seguía trajinando en la cocina, fue ella misma a abrir la puerta.

Ethel subía la escalera, pero su perfume ya había llegado antes, y Ariadne sonrió.

Hoy llevaba un abrigo color miel sobre un vestido vaporoso de color rosa caramelo con un sombrero a juego, adornado con tantas flores que hacía que Ethel pareciera una exposición floral ambulante sacada de Kensington. A Ariadne casi le sorprendía que no la siguieran unas cuantas abejas.

A veces, su amiga exageraba un poco con los clichés de autora romántica. Solo le faltaba dictar sus novelas desde un diván, comiendo bombones mientras una secretaria mecanografiaba. Aunque Ariadne no estaba del todo segura de que no lo hiciera.

«Querida, las ocho de la mañana… ¿quién inventó semejante hora?», preguntó al llegar.

«Sí, lo sé, inhumano, pero tú insististe en participar en la investigación, ¡así que aguanta!»

«Vale, vale, ya está bien. Pero necesito urgentemente una taza de café hirviendo y fuerte como el pecado.»

Michael y Marisa se hacían esperar un poco, así que estaban solas en el comedor tomando café. Y sí, eso era justo lo que necesitaban.

«He estado pensando otra vez. Creo que ese crítico sí que pudo haber sido el objetivo.»

«¿Ah, sí? ¿Y por qué piensas eso?», preguntó Ariadne.

Con una sonrisa triunfal, Ethel sacó un recorte de periódico de su bolso y lo dejó sobre la mesa.

Ariadne lo tomó y leyó:

'Chez Louis – un agujero negro en el firmamento gastronómico – una crítica de J. Harold.

Anunciado como la nueva sensación culinaria de la capital, Chez Louis, de François Dupont, invita a sus comensales a un restaurante sin duda con gusto. El ambiente es refinado y recuerda a un auténtico restaurante parisino – también por la arrogancia del personal. Esto podría considerarse un divertido amuse-gueule, si no fuera en serio. Aun así, hay que destacar la decoración auténtica y con estilo: se sienta uno en sillas de hierro fundido tan incómodas como en cualquier bistrot de lujo en París. Los vinos son excelentes, aunque eso se da por sentado en un restaurante de esta categoría. La carta es reducida, cosa que no se puede decir de los precios. Nos sirvieron el menú del día, un menú de seis platos, que comenzaba con una espumosa sopa de perejil. Bien, ¿por dónde empezar? La textura era interesante, el sabor… menos.'

La demoledora crítica sobre Chez Louis culminaba, tras varios comentarios venenosos sobre cada plato, con estas palabras:

'Así que, si quiere usted tirar el dinero, que le griten los camareros y no le importa el sabor, entonces Chez Louis es su sitio ideal. Uno de diez cucharones posibles.'

«Vaya, alguien no quedó muy contento con el vecino de Michael, ¿eh?», dijo Ariadne.

«¡Si eso no es un motivo, que baje Dios y lo vea!»

«No sé. Una mala crítica puede fastidiar, pero ya sabes lo que dicen: "mejor mala publicidad que ninguna", ¿no?»

«Pues yo, después de leer eso, no pondría un pie en ese restaurante, créeme. Y anoche no había ni un alma en el francés.»

«Pero de ahí a matar a un crítico… imagina que matáramos a cada reseñista literario que nos pone una mala crítica. ¡No acabaríamos nunca!»

Ethel soltó una carcajada.

«Admítelo: alguna vez lo has soñado, ¿a que sí?»

Ariadne sonrió. Y tanto. Había un par de esos "críticos literarios" a los que le habría encantado encontrarse en un callejón oscuro…

«Sí, vale, es una fantasía tentadora, pero no se hace. Se encoge una de hombros, se ajusta el sombrero y se sigue adelante. Y en cuanto a Mr. Harold: no recibió una ensalada especial. ¿Por qué no? Habría sido fácil eliminar solo a él. Si el dueño de ese Chez Louis infiltró a alguien en el restaurante de Michael, habría sido pan comido ponerle veneno solo a su plato.»

«Pero así tal vez mató dos pájaros de un tiro. Se carga al crítico y a un rival.»

Ariadne dio otro sorbo a su café y miró el reloj. Casi las nueve menos cuarto.

«No lo creo. Demasiado enrevesado. Pero creo que podrías tener razón en lo del restaurante.»

Ariadne resumió lo que había reflexionado anoche antes de dormirse.

«Porque eso explicaría también que Michael estuviera tan nervioso cuando vino a invitarme.»

Sonó el timbre y esta vez fue Rosemary quien abrió la puerta antes de que Ariadne pudiera levantarse.

«¡Pues mejor que le preguntemos directamente!», dijo Ethel.

Michael tenía un aspecto terrible aquella mañana. Tenía ojeras y estaba pálido. Marisa también parecía agotada, aunque intentaba disimularlo con maquillaje y una sonrisa. Durante el desayuno hablaron poco, y Ariadne notaba que empezaba a impacientarse. Pero conocía a Michael, presionarlo nunca había funcionado.

«Está delicioso», dijo Marisa.

«Le pasaré el cumplido a Rosemary. Tengo que admitir que yo no sé cocinar en absoluto», dijo Ariadne sonriendo.

«Doy fe. Una vez preparó un curry y después de eso… madre mía», dijo Ethel, aunque enseguida se llevó un tenedor de huevos revueltos a la boca.

«Lo recuerdo», dijo Michael, y esas fueron sus primeras palabras desde que llegaron. Encendió un cigarrillo y Ariadne vio que le temblaban las manos.

«Dejando a un lado mis dotes culinarias inexistentes, tenemos que hablar de ese horrible incidente. No queda otra.»

Michael seguía sin decir nada, tiraba de su cigarrillo con fuerza y dejó caer algo de ceniza sobre el mantel. Pero Marisa le lanzó una mirada y él suspiró.

«¿Qué quieres que diga? ¡Ha sido un desastre total, eso es lo que es! El crítico más famoso del país muere en mi inauguración y todos los invitados acaban enfermos. ¡Puedo cerrar el local ahora mismo!»

«No todos, solo los que comieron ensalada», dijo Ethel.

«Sí, genial – ¿y qué hago con eso? ¿"Venga al restaurante de la muerte, pero no pida ensalada"? ¡Igual debería poner un anuncio así!», dijo él, resoplando y aspirando con fuerza.

«Todos estamos de acuerdo en que alguien os saboteó, pero hay que preguntarse quién podría tener interés en hacerlo», dijo Ariadne, levantándose para abrir la ventana. Afuera lloviznaba y el olor a asfalto mojado entró en la habitación.

«¡¿Y qué sé yo?! ¡Acabo de volver a Londres, no he tenido ni tiempo de hacer enemigos, si a eso vas!»

«Michael, cariño, algo habrás hecho para molestar a alguien. ¿Algún problema con empleados? ¿Con algún vecino? ¿Con el casero? ¿Con un proveedor? ¿Con los competidores? ¿Tal vez con ese francés?»

Ariadne vio cómo Marisa se estremecía levemente al mencionar el otro restaurante. Así que había tocado un punto sensible, muy bien.

«Hubo un problemilla con uno de los proveedores», dijo Marisa en voz baja.

«¡Tonterías! Fue un malentendido sin más, ya está resuelto.»

«Cuéntanoslo igual, nunca se sabe qué puede ser relevante después», dijo Ethel, completamente en modo detective. Y tenía razón. Se necesitaban todos los datos.

«No hay mucho que contar. El tipo intentó engañarme en un par de entregas. La calidad no era la prometida, así que no pagué el precio completo y hubo cierto roce. Pero luego hablamos y lo arreglamos.»

«Pero recibimos esto», dijo Marisa, sacando tres cartas de su bolso.

«¡Te dije que los quemaras!», le espetó Michael, y Ariadne se quedó muy sorprendida. Su tono era gélido y terriblemente hostil,

jamás lo había visto así.

«Sí, pero yo pensé…»

«Cállate, vamos a hablar de eso. Recógelas», dijo él, pero antes de que Marisa pudiera guardar de nuevo las cartas en su bolso con cara pálida, Ethel ya había cogido una.

«Esto no es precisamente una nota de bienvenida para un nuevo vecino: "¡Fuera de nuestra calle o ya veréis lo que os pasa!" Michael, querido, esto es una amenaza. ¡Y con esas cosas no se juega! ¡Deberías haberlo denunciado a la policía en cuanto lo recibiste!», dijo ella.

«¿Y para qué? ¡Si no habrían hecho nada, ya sabemos cómo va esto!», dijo él, y encendió el siguiente cigarrillo con el anterior. A esas alturas, incluso con la ventana abierta, la habitación parecía un campo de niebla.

«Tienes que tener alguna idea de quién está detrás de estas cartas. Quien sea que las haya enviado, bien podría estar también detrás del envenenamiento», dijo Ariadne, y abrió la segunda ventana.

«Hubo problemas con ese francés», dijo Marisa en voz baja.

«¿Es cierto?», preguntó Ariadne.

«Sí, es verdad, y antes de que lo preguntes: sí, también creo que es él quien mandó esas amenazas. Fue antipático desde el primer día. Pensé que era porque es francés, ya sabes cómo son. Pero llegó a ser agresivo, me abordó varias veces por la calle como si fuera culpa mía que llevase meses sin clientes. ¡Yo no tengo nada que ver con eso! ¡Apenas abrimos ayer! Y cada vez que pasaba por nuestro local durante la reforma, el suyo estaba siempre vacío. Una vez cruzó la calle rojo como un tomate y me llamó "chien dégoûtant". Además, el proveedor con el que tuve problemas me contó que ese francés le ofreció dinero para que dejara de servirnos o nos enviara productos de mala calidad. Fui a encararlo, por supuesto, pero solo se rió en mi cara y me echó de su restaurante. Aun así, no creo que sea capaz de algo así. Quiero decir, para hacer eso tendría que tener a alguien infiltrado en nuestro equipo.»

«También discutiste con el italiano», dijo Marisa. «Vino a nuestro restaurante y se quejó de que nadie se postulaba como camarero en

el suyo, mientras que nosotros contratamos a seis nuevos. Nos acusó de pagarles en negro, pero eso es una tontería.»

«Sí, nos denunció a Hacienda, pero eso ya está resuelto, hablé con el inspector y con él también. No, Luigi no está detrás de esto. Es un buen tipo, y también ha tenido sus roces con el del Chez Louis.»

«De verdad, ¡deberías haber ido a la policía!», dijo Ethel.

«Sí, claro, eso habría sido lo correcto, pero ya ves cómo estamos. Entiendo que uno no se imagina que alguien haría algo tan loco. ¡Ha muerto una persona, por el amor de Dios! Ahora tenemos que averiguar cómo lo hizo. Tienes razón, seguro que infiltró a alguien en el restaurante. Menos mal que llamasteis a todo el personal para hoy. Y ya que lo menciono: deberíamos irnos ya, que Jones nos estará esperando, ¡y eso no le gusta nada!»

«¿Queréis venir con nosotros en el coche?», preguntó Michael, levantándose.

«No, iremos con Berta», dijo Ariadne.

Por primera vez esa mañana, apareció una sonrisa en el rostro de Michael, y volvió a parecerse a sí mismo.

«¿Todavía tienes ese cochecito rojo?»

«¿Te acuerdas de Berta?»

«¡Por supuesto! ¿No fuimos con ella de excursión a Cornualles? ¿Te acuerdas?»

«¡Oh, Ethel, borra esa sonrisita de tu cara! Michael y yo fuimos a visitar a su tía.»

«¡Sí, claro que sí!»

«Si no me falla la memoria, también hicimos un picnic… ¡y casi arruino tus asientos con el chocolate!» Le guiñó un ojo.

«Marisa, diga lo que diga Ethel: Michael y yo fuimos, y seguimos siendo, solo buenos amigos. ¡Y ahora basta de ese tema!»

«No estoy… ¿cómo se dice "celos"?»

«Celosa», dijo Ethel. «¿Y por qué ibas a estarlo, cariño, si estás deslumbrante?»

Ariadne suspiró.

«Bueno, vamos, que si no Jones se enfada de verdad y no nos deja participar. ¡Y tú querías tanto investigar!»

«¡Es que ese Jones es bastante atractivo!»

«¡Tú y tus cosas!»

# 6

Todo el personal del restaurante estaba reunido en la parte trasera del comedor, separada del resto por una pared plegable. Seguramente Michael había pensado alquilar ese espacio para celebraciones privadas.

Pero el grupo que ahora se encontraba allí no transmitía precisamente alegría. Michael y Marisa estaban sentados en una mesa al fondo, y Jones se había acomodado con Ethel y ella en otra mesa, dispuesto a interrogar a los empleados uno por uno.

«Señor Sheffield, creo que sería mejor que usted y su esposa esperaran fuera», dijo.

«¿Y eso?», preguntó Michael.

«Vamos, amor, hagamos lo que dice el agente.» Marisa se levantó y tiró de Michael. Él parecía algo molesto, pero la siguió.

«Si alguno de los empleados solo quería hacer una broma estúpida, probablemente hablará con más libertad si el jefe no está presente», dijo Jones en voz baja a Ariadne. Aquel joven inspector resultaba ser mucho más competente de lo que ella había supuesto tras su experiencia con él en Bedford.

«Bueno, damas y caballeros, todos ustedes saben por qué estamos hoy aquí. Vamos a interrogarles uno por uno. Pero primero una pregunta: ¿están presentes todos los empleados que trabajaron ayer?»

Algunos asintieron, pero luego un joven se levantó.

«Falta una ayudante de cocina, Sue. Ayer también estuvo de turno y ayudó con la preparación de las verduras y de la ensalada», dijo.

«¿Su nombre?», preguntó Ethel, y recibió una ceja levantada de Jones.

«John Miller, señora, soy uno de los cocineros.»

«¿Y esa Sue, no ha venido? ¿Alguien sabe por qué no se ha presentado hoy?», preguntó Jones. Ariadne escribió «ensalada» en una servilleta y se la pasó a Jones. Él asintió.

«No, ni idea. Era nueva en el equipo. Otra ayudante de cocina canceló a última hora y ella solo había participado en dos pruebas de cocina», dijo otro hombre.

«¿El señor Sheffield la contrató con poca antelación?», preguntó Jones.

«Sí, pero lo habló conmigo. Sánchez, soy el jefe de cocina, por cierto. Sabía lo que hacía, tengo que decirlo. Trabajó con limpieza y precisión. Un currículum impecable, por lo que pude ver.»

«¿Pero los demás están todos aquí?», preguntó Jones.

«Sí, todos presentes», dijo Sánchez.

Jones se levantó y fue a hablar con un compañero que estaba junto a la puerta. Susurraron entre ellos.

«¡Ha sido ella!», dijo Ethel.

«Eres un auténtico genio de la investigación. Sí, yo también lo creo. Ella preparó la ensalada y hoy no aparece, difícilmente puede ser una coincidencia.»

«Investigar es mucho más fácil de lo que creía. Creo que podría escribir una novela de misterio.»

«Ya veremos.»

Jones regresó a la mesa, pero no se sentó.

«Mi colega, el inspector Hansworth, se encargará de los interrogatorios. Vamos a hablar con el señor Sheffield sobre esta tal Sue.»

«Buena idea.»

«¿Sue? ¿No está?», preguntó Michael, sentado en su oficina completamente llena de humo.

«No, claramente no. Su jefe de cocina nos confirmó que era nueva y el señor Miller nos dijo que preparó la ensalada», dijo Ariadne.

«Puede ser, la contraté como encargada de frío, así que eso forma parte de sus tareas. ¿Insinúan que Sue envenenó la ensalada?» Michael parecía sinceramente conmocionado y encendió otro cigarrillo.

«Es una hipótesis, sí», dijo Jones. «Tendrán sus datos, ¿verdad?»

«Sí, claro, un momento, ahora mismo los busco», dijo Michael, se levantó y fue a un archivador. Sacó algunas carpetas y volvió con unos papeles.

«Aquí, estos son los documentos de la candidatura.»

Había un currículum, incluso con una foto, varias cartas de recomendación y una hoja con sus datos personales, incluida la dirección. Si era la culpable del atentado, entonces era la criminal más torpe del mundo. Qué raro. ¿Alguien haría eso? ¿Con foto? Poco… verosímil. Al menos en una novela.

«¿Cómo diste con ella?», preguntó Ariadne.

Michael se encogió de hombros.

«Thomasina Garfield iba a ocupar ese puesto, pero se enfermó de repente y necesitaba un reemplazo urgente. Publiqué un anuncio en varias revistas y en The Times. Sue fue una de las candidatas y, si miras su currículum, era la más cualificada. Ramón, el señor Sánchez, hizo una prueba con ella y quedó muy satisfecho, así que la contraté, de momento en prueba.»

«¿Y ella fue la única que se ocupó de la ensalada?», preguntó Ethel.

«Supongo que sí, pero no me involucro mucho en el funcionamiento de la cocina, eso lo maneja Ramón.»

«Bien, nos llevaremos esto y veremos si conseguimos localizar a esta señorita», dijo Jones y se levantó.

Michael también se puso de pie y le dio la mano.

«Le agradezco mucho todo. Si hubiera sabido lo que tramaba esa víbora… no quiero ni pensarlo.»

«Sí, estas cosas es mejor dejarlas en manos de la policía», dijo Jones saliendo de la oficina.

«¿Crees que ese francés la metió en vuestro restaurante?», preguntó Ethel.

«Podría ser. Nunca antes había visto a esa mujer. ¿Qué motivo tendría para hacer algo así por su cuenta? Alguien tiene que estar detrás, alguien que la convenció…»

«Jones llegará al fondo de esto, estoy segura», dijo Ariadne.

«Sí, especialmente si vosotras dos le ayudáis. Eres una amiga maravillosa, Ariadne.»

«Sí, por supuesto que ella hizo toda la ensalada: lavar, cortar, preparar la salsa… eso es justo lo que hace una encargada de frío», dijo Ramón.

«¿Y está usted completamente seguro? ¿Nadie la ayudó? ¿El aliño o los ingredientes quedaron desatendidos en algún momento?», preguntó Jones.

«Sí, estoy completamente seguro. Una cocina puede parecer un caos para quien no sabe, pero en realidad es como un ballet complejo, una coreografía. Cada uno sabe lo que tiene que hacer y cada gesto está medido. Así que estoy convencido de que nadie pudo manipular la ensalada sin que lo notáramos. Si hubiera pillado a esa pequeña víbora, entonces…»

«Ya nos lo imaginamos», dijo Ariadne, mirando la gran selección de cuchillos que había en la cocina.

«Entonces, ¿vamos a ver a esta señorita?», preguntó Ethel.

«¿Vamos?», preguntó Jones.

«Oh, seguro que le vendrá bien algo de apoyo femenino, ¿no crees, Ariadne?»

«Sin duda. Chief Inspector, quién sabe lo que esconde todo esto. Ethel tiene razón, puede que una joven prefiera hablar con nosotras que con un policía.»

Jones suspiró.

«Parece que no me las voy a quitar de encima. Bien, nos encontramos en casa de esa tal Sue. Si llegan antes que yo: ¡ni se les ocurra hacer nada por su cuenta!»

«¡Pero cómo se le ocurre!», dijo Ethel guiñándole un ojo.

«Eso ha sido fácil. Apuesto a que ese francés no soportaba ver su restaurante vacío. Y ya sabemos todos que es más fácil buscar un chivo expiatorio que aceptar la culpa de uno mismo, ¿no crees? Seguro que no pensó que su comida fuera el problema. ¡Tenía que ser culpa de otro! Y Michael era el objetivo perfecto», dijo Ethel, sujetando su sombrero mientras Ariadne tomaba una curva.

«Sí, puede ser. Asumir la responsabilidad del propio fracaso no es precisamente una cualidad muy extendida. Pero me cuesta creer que no investigara sobre el veneno. Quiero decir, podría haber bastado con poner algo asqueroso en la salsa, o echarle demasiado vinagre. Pasar directamente al veneno… eso es muy radical.»

«Tal vez solo le dijo a Sue que hiciera algo desagradable con la ensalada, y ella se pasó de creativa.»

«Sí, quizá… pero hay algo que me molesta: la encargada anterior se dio de baja de forma repentina. Es demasiada casualidad. Eso no pudo planearlo.»

«¿Y qué? Quizás llevaba tiempo con la idea de vengarse y, al ver el anuncio en el periódico, se le ocurrió infiltrarse en el restaurante de Michael. Es posible.»

«Puede ser…»

«Ariadne María Elizabeth Margret Arlington, ¡vas a decirme ahora mismo por qué pones esa cara!»

«¿Qué cara pongo, por favor?»

«¡Como si tuvieras un dolor de muelas espantoso!»

«Probablemente tengas razón. Es solo que no me gustan los accidentes, eso es todo. Pero es más la escritora en mí la que habla.»

«¡Yo tengo accidentes todo el tiempo en mis novelas!»

«Tú escribes novelas románticas, ahí está permitido. Solo que me viene a la mente una discusión que tuvimos hace poco en el "Detection Club". El asesino debe aparecer pronto, tiene que haber motivos falsos y por tanto también sospechosos falsos, y hay que evitar las casualidades siempre que se pueda.»

Ethel frunció el ceño.

«Eso está muy bien para una novela, pero en la vida real no se aplica.»

«No, probablemente no. Ya he dicho que seguramente tengas razón. Un crimen cometido por pura oportunidad. Sí, creo que encaja.»

«¡Díselo a tu cara!»

«Mi cara está perfectamente. Ya llegamos a casa de esta Sue y veremos qué tiene que decir.»

Jones había llegado antes que ellas a la dirección de Chipstead Avenue y las esperaba apoyado en su coche. Fumaba un cigarrillo y miraba su reloj. ¡Presumido!

«¡Ah, aquí vienen las damas!», dijo entonces con una sonrisa.

«Me equivoqué de calle», dijo Ariadne al bajar del coche. Esta zona no era precisamente Kensington o Mayfair, pero Thornton Heath tampoco era un mal barrio. De clase media. Y claramente demasiado caro para una encargada de cocina fría. Bueno, quizá vivía como inquilina o aún con sus padres.

«Número trece», dijo Jones, tirando la colilla al bordillo e indicando la casa con un gesto.

«Pues no se ve nada mal», comentó Ethel mientras caminaban por el pequeño pero muy cuidado jardín delantero hacia la puerta de la casa de dos pisos.

«Sí, es una zona residencial muy decente, poco crimen, vecinos tranquilos», dijo Jones y pulsó el timbre.

Pasó un momento hasta que se escucharon pasos arrastrados al otro lado y luego un clic en la cerradura.

Un hombre mayor los miró sorprendido.

«Ah, pensé que eras Toby... pero...»

Jones mostró su placa.

«Policía Metropolitana, DCI Jones, y estas son... mis asistentes.»

El hombre frunció el ceño y claramente no le creyó. Ariadne no podía culparlo: ni ella ni Ethel, con su vestido rosa y su sombrero enorme, parecían asistentes de nadie...

«¿La policía? ¿Ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a Toby?», preguntó con tono alarmado.

«No, señor...»

«Leighton, Ian Leighton.»

«Buscamos a una tal Sue Wintler. Según parece, vive aquí.»

El hombre frunció el ceño.

«¿Sue Wintler? ¿Quién le ha dicho que esa señorita vive aquí? No, puedo asegurarle que vivo solo desde que falleció mi Rebecca.»

«¿Y está usted seguro?», preguntó Ethel.

«Jovencita, puede que ya no sea un chaval, pero no estoy tan senil como para no darme cuenta si viviera una mujer en mi casa. Así que sí, estoy seguro. Nunca he oído ese nombre.»

«Esa es la dirección que Miss Wintler proporcionó a su empleador», dijo Ariadne con una sonrisa amable.

«Entonces la leyeron mal o esa dama ha mentido. Llevo más de cuarenta años viviendo aquí, y jamás ha vivido una Sue Wintler —ni aquí ni en ninguna casa vecina. Conozco a casi todos en esta calle.»

«¿Alguien aquí alquila habitaciones? Puede que se haya mudado hace poco y...», empezó Jones.

«No, imposible. Ya se lo dije: conozco a mis vecinos. Solo la señora Hoover alquila cuartos, y solo a obreros o vendedores itinerantes. Se lo aseguro: no vive ninguna Sue Wintler en esta calle.»

«Aun así, muchas gracias por su ayuda», dijo Ethel.

«Encantado. ¡Que tengan un buen día!»

Y la puerta se cerró.

«Tal vez nuestra Sue no sea tan tonta e ingenua como pensaba», dijo Ariadne.

«¿Cómo dice?»

«Simple: pensé que era bastante estúpido empezar a trabajar en un restaurante con tu nombre real, dar tu verdadera dirección y luego envenenar la comida. Pero si ni el nombre ni la dirección eran reales, entonces tal vez no sea tan tonta después de todo.»

«Puede ser, pero eso no nos ayuda ahora», dijo Ethel.

«No, por desgracia tienes razón. Me iré a la comisaría con la foto y pondremos una orden de búsqueda para esta Miss Wintler. A ver si eso nos lleva a alguna parte.»

«Qué emocionante. ¡Nunca he estado en una comisaría!», dijo Ethel.

«Eh...»

«¡Ya iremos nosotras!», dijo tirando de Ariadne hacia el coche.

«Bueno, Chief Inspector, ¡nos vemos en el Yard!», dijo Ariadne por encima del hombro.

«La verdad es que es bastante aburrido, más bien como una oficina pública», dijo Ethel mientras estaban en la oficina de Jones.

«¿Qué esperabas?»

«No sé... algo con más emoción y suspense.»

Un joven policía con un traje mal entallado les trajo té.

«Encantador, ¡muchas gracias!», dijo Ethel y el joven se sonrojó. Pero luego frunció el ceño al tomar una de las copias de la foto

sobre el escritorio de Jones.

«¿Conoce usted a esta mujer?», preguntó Ariadne.

«Conocer es mucho decir. Pero sí, la he visto.»

«¿Ah, sí? ¿Dónde?», preguntó Ariadne.

«Estuve el martes pasado cenando con mi prometida, en un...»

«¿Restaurante francés en Highland Street?», preguntó Ethel.

«Eh, sí, justo. Bastante caro —y la comida no era gran cosa. Uno quiere darle una velada especial a su futura esposa y luego...»

«La mujer, ¿dónde la vio exactamente? ¿Trabajaba allí de camarera?»

«¿Camarera? No, no trabajaba allí, o al menos no lo parecía. Entró cuando estábamos con el entrante. Caracoles.» Se estremeció.

«¿Entonces era clienta?», preguntó Ethel.

«No, supongo que era la hija del dueño. Le llamó "Papá". Y él a ella "Fleur".»

«¿Quién llamó a quién Fleur?»

Jones apareció en la puerta.

«La mujer de la foto, señor. La vi el martes pasado en ese restaurante francés. Creo que le trajo una llave al señor Dupont.»

«¿Está seguro, detective?»

«Completamente, señor. Estábamos sentados cerca del bar y estuvieron hablando un buen rato. Luego ella se tomó una copa de vino. Esa señorita Dupont estuvo a no más de dos metros de mí durante unos veinte minutos, señor.»

«¡Buen trabajo! Entonces vamos a hacerle una visita», dijo Jones.

«¿Y ahora qué opinas sobre las casualidades?», preguntó Ethel con una sonrisa radiante.

«Siguen siendo poco elegantes.»

# 7

«¿Fleur? No, no está aquí», dijo Pierre Dupont, visiblemente sorprendido.
«¿Pero puede confirmar que la mujer de la foto es su hermana Fleur Dupont?», preguntó Ariadne.
«Sí, claro, es Fleur, pero no entiendo qué tiene que ver eso con ese currículum. Fleur no es cocinera profesional… y mucho menos en el restaurante de un competidor.»
El joven de pómulos marcados y pelo algo revuelto los miraba desconcertado.
«Señor Dupont, su hermana se infiltró, al parecer, en el restaurante del señor Sheffield con un nombre falso y documentos manipulados, y allí introdujo alguna sustancia en la ensalada que causó síntomas graves de intoxicación en varios comensales. Varios empleados lo han confirmado. ¿Dónde se encuentra su hermana ahora mismo?»
«No sabría decirle con certeza, en casa, con mi padre, supongo. Mire, mi hermana no tiene nada que ver con la hostelería… y tampoco tiene talento para eso. En una cocina profesional habría desentonado completamente. Nadie se habría creído jamás que tuviera formación en gastronomía. ¡Y qué motivo tendría Fleur para hacer algo así?»
«Porque su padre culpa al señor Sheffield de que su restaurante no funcione. ¡Incluso llegó a amenazarlos!», dijo Ethel.
«¿Amenazarlos? ¡Qué disparate! Hubo una discusión, es cierto, pero no amenazó a nadie. Mi padre es un hombre pacífico. Y aunque hubiera habido algún roce entre él y el señor Sheffield, Fleur no tiene nada que ver. ¡Ni siquiera vive en Londres! Estudia Farmacología en Ginebra y solo vino a visitarnos el lunes pasado. Mañana ya se marcha. Y en cuanto a la situación del restaurante, claro que estoy al tanto, porque se supone que un día me haré cargo. Pero mi padre no le ha dicho nada de eso a Fleur. La carrera es muy cara y no quiere que ella se preocupe.»
Ariadne y Ethel se miraron. ¿Farmacología? Eso difícilmente podía ser casualidad…

«Señor Dupont, si su hermana llegó el lunes al país, habría tenido tiempo de sobra para infiltrarse en el restaurante de los Sheffield con una identidad falsa. Y acaba de darnos una pista clave: ¿farmacología?», dijo Jones.
Ariadne reflexionó. ¿Había tenido realmente tiempo suficiente? ¿Se podía llegar un lunes, falsificar todos los documentos necesarios, preparar una historia convincente y empezar a trabajar el miércoles como cocinera fría en casa de Michael? Era un plazo muy justo. No imposible, pero sí… apretado.
«¡Qué tontería! Fleur jamás haría algo así… ¡ni mi padre tampoco!»
«¿De qué trató la discusión entre el señor Sheffield y su padre?», preguntó Ariadne.
«De un proveedor. Nos suministraba productos regionales de la Champaña y la Provenza, y de repente dejó de hacerlo. Fui a verlo y me confesó que el señor Sheffield le había ofrecido dinero para que dejara de vendernos. Una auténtica canallada, si me pregunta. El señor Hank era el único que podía traernos ciertos ingredientes imprescindibles para la cocina francesa. ¿Qué necesidad tiene un restaurante argentino de ese tipo de productos? Mi padre, con toda la razón, se indignó por ese juego sucio y abordó al señor Sheffield en plena calle. Fue una discusión bastante acalorada, pero no pasó de ahí.»
«¿Y su padre no había hablado ya antes con el señor Sheffield? ¿No lo culpó del mal rendimiento del negocio?», preguntó Ethel con una sonrisa.
«¡Qué va! La culpa fue del crítico ese, el tal Harold, que nos destrozó en la crítica del Times. Si lo tuviera delante, no respondería de mis actos.»
Parece que ahora estaba de moda eso de «no responder por los actos propios»…
«Bueno, eso ya no hará falta. El señor Harold murió en el atentado con veneno en el restaurante de los Sheffield», dijo ella y vio cómo Pierre palidecía por completo.
«¿Está… muerto? Válgame Dios. O sea… reconozco que no es que me entristezca especialmente, pero esto ya es…»
«¿Dónde están ahora su padre y su hermana?»

«Ya lo dije, no lo sé con seguridad. Mi padre debería estar aquí desde hace rato, ya casi son las doce. Justo me disponía a ir a su casa para ver por qué tarda tanto.»
«¿Cuánto hace que está aquí?»
«Apenas diez minutos. Mi padre suele encargarse del negocio por las mañanas, él es cocinero de formación. Yo soy el encargado del restaurante y suelo venir por la tarde.»
«¿Cuántas personas trabajan aquí en estos momentos?», preguntó Ariadne.
«Solo mi padre, yo y dos ayudantes que llegan una hora antes de abrir, sobre las cinco. Mi padre suele dejar todo preparado por la mañana. Yo vine hoy más temprano porque anoche me dejé aquí la cartera», dijo, mostrándosela.
«¿Sería tan amable de anotarnos la dirección de su padre?», preguntó Jones.
«Claro, pero si voy a su casa, puedo decirle que…»
«Le ruego que por ahora se quede aquí», dijo Jones.
«Como usted diga…», murmuró Pierre y garabateó una dirección en una servilleta. «Aquí tiene. Y si lo ven, díganle que lo espero aquí. Las verduras no se cortan solas…»
La familia Dupont vivía en una casita de la calle Ducie, en un barrio bastante agradable, con casas de ladrillo pequeñas pero muy bien cuidadas, a apenas cinco minutos del restaurante. Ariadne aparcó a Berta justo detrás del coche negro y pesado de Jones.

«Bueno, parece que nunca se hizo rico con el restaurante. Todo esto es tan... burgués», dijo Ethel, que llevaba un buen rato observando el barrio.

«Es una zona muy respetable y de clase media acomodada», dijo Ariadne.

«Por eso mismo: burgués.»

Ariadne suspiró y bajó del coche. No, el señor Dupont ciertamente no se había hecho rico con su restaurante, pero era una casa respetable para un hombre respetable. Nadie sospecharía que tras esos ladrillos amarillentos y las ventanas de marcos blancos vivía un hombre que había enviado a su hija a envenenar a un competidor. Pero, ¿no había dicho Dorothy Sayers algo así como: "La oscuridad

más profunda se esconde bajo la lámpara más brillante”? No, eso lo había dicho Agatha... No, no encajaba con Agatha. Ah, cierto, lo dijo la Orczy, después de unas copas de jerez.

«¿Viene o qué?», interrumpió la voz de Jones sus pensamientos.

«¡Ya estamos aquí, inspector jefe!», dijo, y cruzó el pequeño y algo triste jardín delantero.

«La puerta está abierta», dijo Ethel.

«Qué observadora», replicó Jones, y llamó. «¿Señor Dupont? ¿Hola? ¡Policía!»

Nada. Jones frunció el ceño, llamó otra vez y esperó un momento, luego empujó la puerta.

Hizo un gesto que supuestamente significaba que ellas dos debían esperar fuera y entró en la casa.

«¿Qué haces?»

«Pues seguirle», dijo Ethel.

Perfecto. Ariadne siguió a Ethel al estrecho recibidor. No había mucho que ver. Una pequeña cómoda a la derecha, unas cuantas fotos de la familia Dupont, a la izquierda un armario macizo y una escalera de madera que subía al piso superior. Jones asomaba la cabeza por una puerta a la derecha, probablemente la cocina... no, el salón, si se fijaba en la ventana grande del lado derecho de la casa. Conteniendo la respiración, se acercó a la puerta del fondo, que efectivamente daba a la cocina. Ethel iba un poco más deprisa.

«¡Aquí no hay nadie!», gritó.

«¡Aquí tampoco!», respondió Jones desde la habitación contigua.

Ariadne sintió cierto alivio. Una puerta abierta podía ser indicio de algo turbio. Pero quizás el señor Dupont era simplemente un despistado.

Echó un vistazo a la cocina, desde cuya ventana se veía un pequeño jardín. Sobre la mesa había dos tazas de té usadas y en el fregadero dos platos.

«¿Ha encontrado algo?», preguntó Jones, entrando también en la cocina.

«Parece que el señor Dupont desayunó aquí con su hija», dijo ella.

«¿Ah, sí?»

«Hay dos tazas, y una de ellas tiene marcas de pintalabios», dijo, señalando la pequeña mesa redonda cubierta con un mantel de encaje horroroso. También había migas. Para ser dueño de un restaurante, el señor Dupont era sorprendentemente descuidado.

«Voy a subir. ¡Ustedes se quedan aquí!», dijo Jones, saliendo de la cocina.

«¡Seguro que se han fugado!», dijo Ethel.

«¿Qué? ¿Por qué dices eso?»

«El hijo los llamó en cuanto salimos del restaurante, ¡es evidente! Les dijo que sabíamos que Sue en realidad es Fleur, ¡blanco y en botella!», dijo.

«¿Y dejaron la puerta abierta? Tonterías.»

Ariadne fue al salón. Estaba mucho más ordenado que la cocina y sorprendentemente moderno y con buen gusto. También aquí había fotos de la familia, incluso una de la presunta señora Dupont con crespón negro. Tomó una foto en la que salía una joven rubia. Sí, era sin duda la misma persona que en el currículum. ¿Había sido tan imprudente? En fin... Se sentó en el sillón de cuero junto a la chimenea mientras Ethel seguía explorando la habitación. Aquel joven detective había dicho que Fleur había estado en el restaurante de su padre. Aunque no hubiera muchos clientes, debía de haber testigos. La habían visto. Y probablemente también la habían visto en la calle. Fleur era una joven muy atractiva, seguro que alguien la habría notado. Entonces, ¿por qué postularse en el restaurante de Michael? Algún vecino podría haberla reconocido. O un cliente que antes hubiese estado en el Chez Louis. Era todo demasiado arriesgado. Por no decir, ridículo. Volvió a mirar la estancia y frunció el ceño. La mesa del salón había sido movida recientemente, como indicaba claramente la marca sobre la alfombra.

«¡Ayúdame!», le dijo a Ethel, levantándose.

«También creo que la mesa no está bien colocada, pero ¿de verdad es momento para redecorar?», preguntó Ethel.

«Muy graciosa. ¡Vamos, ayúdame!»

«¡Vale, vale!»

Juntas desplazaron la mesa unos centímetros y entonces Ariadne soltó un grito ahogado. ¡Una gran mancha rojiza en la alfombra!

«Inspector jefe, ¡quizás quiera echar un vistazo a esto!», gritó. Tardó un momento en bajar la escalera.

«Arriba no hay nadie. Y por lo que he visto, no falta nada. El rastrillo sigue en el baño y arriba hay un sobre con dinero en efectivo que... Cielo santo, ¿qué han encontrado?»

«¿A qué le parece que se debe?», preguntó Ariadne.

«¡Sangre! ¡Es sangre!», dijo Ethel, sentándose en el sillón.

«Muy aguda, señora Watson», dijo Ariadne.

«Es mucha sangre», dijo Jones, agachándose. Tocó la mancha y frotó los dedos. «Aún no está seca. No debe tener ni una hora.»

«Entonces, ¡la persona herida debe de estar cerca!», dijo Ariadne.

«Pero la casa no tiene más habitaciones. Arriba no hay nadie, y abajo tampoco», dijo Jones.

«Hay un sótano...», dijo Ariadne.

«Bien. Voy a mirar. ¡Ustedes se quedan aquí!»

«¿Cree que el señor Dupont está muerto?», preguntó Ethel en voz baja.

«Es bastante probable.»

Tampoco había nadie en el sótano. Jones se dejó caer en el sofá y se encendió un cigarrillo.

«Tuvo que haber una pelea en el salón. Pero el atacante debió envolver al herido con algo, porque no he visto más rastros de sangre en la casa», dijo.

«El asesino limpió», dijo Ariadne.

«¿Ah, sí? ¿Y por qué lo dice?»

«Pues, inspector jefe, los zapatos en el recibidor están desordenados, hay periódicos viejos sobre la cómoda, y la cocina no estaba muy recogida. En cambio, el salón está inmaculado. Y también el suelo del recibidor, que es de parqué. Solo aquí hay alfombra. La sangre no se podía eliminar fácilmente, así que movió la mesa para cubrirla. Arrastró el cadáver por el pasillo, lo que dejó huellas de sangre, quizás incluso pisadas. Así que limpió el salón y el recibidor.»

«Y luego, ¿salió por la puerta principal con un cadáver bajo el brazo, o qué?», preguntó Ethel.

«¡Aún no hemos mirado el armario grande del pasillo!»

# 8

Unos veinte minutos más tarde, la casa estaba llena de agentes de policía y de la unidad forense. No solo habían metido a Mr. Dupont en el armario, sino también a Fleur. A ambos los habían apuñalado. Ethel temblaba en la cocina y Ariadne le había echado un chorrito de whisky en el té, tomado de la barra del salón. La observó unos segundos más, pero como Ethel parecía haberse recompuesto un poco, pasó junto a los policías que iban de un lado a otro y volvió con Jones y el forense.

Ya se habían llevado los cuerpos de Fleur y su padre.

«¿Y bien?», preguntó.

«Apuñalados, probablemente con un cuchillo largo y muy afilado. El padre tiene tres heridas profundas de arma blanca y varios cortes en las manos y antebrazos», dijo el médico.

«Entonces se defendió», dijo ella.

«Sí, parece que hubo una pelea breve pero muy violenta. En cambio, la hija fue alcanzada directamente en la carótida por detrás. Encontramos algo de sangre en uno de los armarios de la cocina, así que debió de estar allí cogiendo unas tazas cuando la atacaron.»

«¿Dice "la atacaron"?», preguntó ella.

«Sí, el agresor debió de ser bastante alto y corpulento. Las heridas son profundas y se nota mucha fuerza. Eso indica que probablemente fue un hombre.»

Ariadne miró hacia la puerta de entrada y luego al pasillo.

«Llamó al timbre. Ella abrió, el padre estaba arriba. Él empezó a hablar con ella, ella fue a la cocina a preparar té, él sacó el cuchillo y la apuñaló. El padre bajó, lo enfrentó. Hubo un forcejeo, llegaron al salón, y allí lo apuñaló también, cayendo moribundo sobre la alfombra. El asesino subió, cogió unas sábanas, envolvió los cuerpos y los metió en el armario. Luego limpió el desorden, fregó el pasillo y la cocina, y se marchó», dijo.

Jones se rascó la barbilla.

«Tiene sentido. Encontramos una taza rota en la basura de la cocina. Podría haberse roto cuando atacaron a Fleur por detrás. ¿Sabe quién es nuestro principal sospechoso, verdad?»

«No me lo puedo imaginar, inspector jefe. Conozco a Michael, él no sería capaz de algo así. ¡Jamás! Él no es una persona violenta.»

«Mrs. Arlington, ¿cuánto tiempo hace que no ve a Michael? ¿Diez años? La gente cambia. Y esto fue una situación límite. Un intento de envenenamiento en su restaurante, una amenaza para todo su futuro. Hay quien ha matado por cosas menos importantes.»

«¡Aun así! No, no fue Michael, ¡eso no me lo creo!», dijo Ariadne, aunque una duda punzante empezaba a crecer en ella. ¿Y si se había equivocado tanto con su viejo amigo? ¿Y si en realidad no lo conocía tan bien como creía? Jones tenía razón, hacía una eternidad que no lo veía, y Michael había cambiado. No solo por lo del tabaco. Apenas quedaba nada de aquel joven inocente y despreocupado al que tanto había apreciado. Las cartas amenazantes, el estrés de empezar una nueva vida, luego el intento de envenenamiento... quizá todo eso sí podía empujar a alguien a tomar medidas extremas...

«Estas casas están muy juntas. Alguien debió de ver u oír algo. ¡Deberíamos hablar con los vecinos!», dijo Ariadne.

«Claro que lo haremos. Aunque ese "nosotros", en este caso, se refiere a la policía metropolitana, Mrs. Arlington. No hay discusión posible: las entrevistas oficiales las hace la policía. Si promete no meterse por su cuenta, puede acompañarme. Pero yo haré las preguntas.»

«Está bien. Trato hecho.»

El trabajo policial real era, sobre todo, agotador y algo monótono. No era de extrañar que en las novelas se despachara en pocas frases. Habían llamado a bastantes puertas, pero solo cuatro vecinos les habían abierto hasta ahora. Y, por supuesto, ninguno había visto ni oído nada. Ariadne se apoyó un momento en un pequeño muro y respiró hondo, mientras Jones —cuyo peinado, normalmente impecable, ahora estaba hecho un desastre— se encendía un cigarrillo con un suspiro.

«Seguro que en sus novelas esto es más emocionante, ¿eh?», dijo él, sonriendo torcido.

«Sí, claro. Siempre hay un testigo que ha visto o escuchado algo. Hay que avanzar la trama de alguna forma.»

«Siempre lo he dicho: las novelas de crímenes no son realistas», dijo Jones riendo.

«Pero esto no puede ser. Quiero decir, que nadie haya visto ni oído nada. Estas casas están pegadas unas a otras. Un asesinato así no puede cometerse en completo silencio. Además, llevamos casi una hora caminando por aquí. ¿Cuántos transeúntes ha visto usted, inspector jefe?»

«Una señora con un caniche y un señor mayor», dijo él, dando una calada.

«Exacto. Casi nadie. Entonces, ¿no habría destacado un desconocido? ¿No le parece?»

Jones sonrió con desgana.

«Eso lo llamamos "ceguera espontánea del testigo". No es un término técnico, pero lo describe bien. No se imagina cuántas veces pasa. Hubo un asesinato en un edificio grande, allá en Farringdon. Treinta pisos y un portero. Un marido mató a su esposa durante una pelea. Ella salió corriendo del piso, gritando, bajó medio edificio buscando ayuda. Y cuando hablamos con los vecinos, ninguno había notado nada. La gente es así. No quiere verse envuelta.»

«Qué asco», dijo Ariadne.

«Sí, lo ha definido perfectamente. Probemos suerte con el número doce. Esa señora lleva rato mirando por la ventana.»

Cuando Ariadne miró hacia la casa de enfrente, aún vio cómo el visillo volvía a su sitio.

«¡He visto a un hombre!», dijo la señora con un delantal de flores. Debía de tener unos setenta años, era bajita y robusta.

«¿Podría describirlo con más detalle?», preguntó Jones, sacando su libreta. La mujer no los había invitado a entrar. Ariadne alcanzó a ver un recibidor inmaculado, reluciente. Eso lo había notado también en otras casas de la zona: todas estaban limpias hasta rozar la obsesión. Tenía que apuntárselo en casa. Rara vez tenía contacto con gente que viviera en barrios así, aunque nunca se habría considerado una estirada. Reprimió una sonrisa. Tal vez sí lo era…

Era un dato curioso. Jardines cuidados al milímetro, ventanas impecables, casas como de quirófano: ese era el sello de la pequeña clase media. De hecho, esta calle de Londres se parecía mucho a un pueblecito de Oxfordshire: un pequeño mundo cerrado, donde todos conocían a todos y vivían pendientes de lo que pensaban los demás.

«Pelo oscuro, bigote. Era delgado y bien vestido. ¡Llamó a casa de esos extranjeros!»

«¿Qué edad diría usted que tenía?», preguntó Jones.

«Pues no sabría decirle. ¿Treinta y tantos, quizás? ¡Tampoco me paso la vida mirando por la ventana!»

«Por supuesto que no. No sería propio», dijo Ariadne, dedicándole una sonrisa.

«¡La conozco! Usted es escritora, ¿verdad?»

«Sí, Ariadne Arlington.»

«No, no esa. Me refiero a la autora de novelas policiacas.»

«Sí, Ariadne Arlington.»

«No, no, ese no es el nombre que busco. ¡Christie, Agatha Christie! ¡Usted es ella!»

«Creo que sabría si fuera Agatha Christie. Me llamo Ariadne Arlington.»

«¡Pero acaba de decir que es escritora!»

«También soy... da igual. Usted decía que vio a ese hombre, por casualidad, en la puerta de los Dupont. ¿Llamó al timbre?»

«¡No soporto a ese belga!»

«Hasta donde yo sé, Mr. Dupont es francés», dijo ella.

«¡No me refiero a él, sino al belga ese, Poirot! ¡De verdad, qué personaje! Esa señora mayor me gusta más.»

«Poirot no es de... »

«¿Llamó o no llamó?», interrumpió Jones.

«No lo sé. Supongo que sí, ¿para qué otra cosa iba a estar en la puerta? No tenía pinta de vendedor, iba demasiado bien vestido. Pero no me fijé mucho. Estaba allí cuando fui a la cocina y, cuando volví al salón, ya no estaba.»

«¿Vino andando o en coche?», preguntó Jones, pero la mujer miró a Ariadne frunciendo el ceño.

«¿Sigue escribiendo libros de esa tal Miss Marple?»

«Sí, claro, tengo un buen montón», dijo Ariadne.

«No sabría decirle, no vi ningún coche. ¡Y ahora tengo que preparar la comida!»

Cerró la puerta de golpe y desapareció.

«Encantadora», dijo Jones, sonriendo a Ariadne. «Si escribe otro libro de esa Miss Marple, avíseme.»

«Qué gracioso. Y antes de que diga nada: también he oído la descripción del hombre y sí, encajaría con Michael. Pero un hombre de esa edad, con bigote y traje, no es precisamente algo fuera de lo común. Sin el bigote, podría haber sido usted.»

Jones suspiró.

«Entiendo que quiera defender a su amigo, pero todo apunta a que Mr. Sheffield estuvo aquí. Tiene un motivo, el barrio está a pocos minutos andando de su restaurante y el arma del crimen era un cuchillo grande y afilado, como los que se usan en los asadores. Tiene que admitir que son indicios bastante contundentes.»

«No puedo –por desgracia– contradecirle. Deberíamos hablar con Michael. Seguro que hay una explicación sencilla.»

O tal vez no. Jones tenía toda la razón. Michael tenía un motivo, y bastante fuerte. Tenía los medios –en su restaurante había toda una colección de cuchillos– y también la oportunidad. Después de que se marcharan, solo necesitaba unos minutos para llegar hasta allí y... pero eso sería una tontería, ¿no? Lo señalarían de inmediato. ¿Y cometer un asesinato a plena luz del día? Sabía perfectamente que todas las sospechas recaerían sobre él. ¿Y si Michael realmente había estado allí, pero no era el asesino? Vaya lío. ¿Cómo lo resolvería ella en una novela? No lo convertiría en el asesino, desde luego que no. Sería demasiado evidente. Cualquier lector lo adivinaría al instante. No, eso sería torpe.

«¿Mrs. Arlington?»

«Ay, disculpe, estaba absorta en mis pensamientos.»

«Le preguntaba en qué hotel se alojan los Sheffield.»

«Ya no están en ninguno. Mariángeles dijo esta mañana durante el desayuno que hoy mismo se mudarían a la casa.»

«¿Y dónde está eso?»

«En Mayfair, pero no sé la dirección exacta. Creo que Michael se la dio a Ethel, vamos a preguntarle.»

«De acuerdo, hagámoslo. Y luego iremos a visitar a su amigo.»

«¿Te imaginas a Michael como un asesino sanguinario?»

«Eso es más lo tuyo», dijo Ethel.

«No, en serio.»

«Lo digo en serio, cariño. No tengo ni idea. Siempre se dice que, en determinadas circunstancias, cualquiera puede matar.»

Ariadne tomó una curva al volante.

«Sí, eso es verdad, pero se refiere más bien a crímenes pasionales, en un arrebato. Lo del otro día fue un asesinato a sangre fría. El asesino se acercó por detrás a Fleur y le clavó el cuchillo en el cuello. Fue una ejecución.»

«Bueno, quiero decir, esa Fleur tenía en su conciencia la muerte del crítico, intentó arruinar a Michael. Se puede entender cierta rabia. No me malinterpretes, no lo justifico.»

«Pero si lo piensas bien, no tiene mucho sentido.»

«¿Por qué? Y cuidado, el semáforo está... estaba en rojo...»

«A ver, la policía descubrió que Fleur estaba detrás de los atentados, vale. Pero eso habría salido en la prensa. "La hija trastornada de un restaurador ataca a la competencia con veneno", o algo por el estilo. ¿Por qué iban los clientes a seguir evitando el restaurante de Michael?»

«Tienes razón. Solo Michael puede aclarar esto. Tal vez todo sea un gran malentendido y él no fue.»

Eso era lo que Ariadne deseaba con todas sus fuerzas –y no solo porque el crimen le parecía un giro argumental de lo más flojo.

# 9

La casa en Mayfair era... impresionante. Podría haber estado perfectamente en Belgravia, aunque allí habría sido seguramente mucho más cara. El zócalo y la planta baja eran de piedra blanca, las plantas superiores –cuatro en total– de ladrillo rojo, como era habitual en este barrio. Además, había un pequeño pórtico con columnas delante de la entrada. Al parecer, Michael había ganado bastante dinero en Argentina.»

«Para ser dueño de un restaurante, es bastante exclusivo», dijo también Jones.

«A mí me encanta», dijo Ethel mientras se dirigía a la puerta bajo las columnas.

Ariadne la siguió mirando a su alrededor. La zona era evidentemente muy rica y cara, tranquila y elegante. Recordaba vagamente que Michael, antes de marcharse a Argentina, le había mostrado una casa por aquí. "Algún día será mía", había dicho. ¿Era esta casa? Muy posiblemente, aunque no estaba del todo segura.

«Tiene cara de estar muy pensativa», la voz de Jones la sacó de sus pensamientos.

«No es nada, solo un soplo del pasado, podríamos decir», respondió ella y se acercó a Ethel, que ya había tocado el timbre.

Tardaron unos momentos en abrir y Marisa las miró sorprendida.

«¡Hola! ¿Ha pasado algo?», preguntó.

«Será mejor que lo hablemos dentro, Mrs. Sheffield», dijo Jones.

«Por favor, pasad. ¿Queréis café?», preguntó Marisa haciendo un gesto amable.

«Encantada», dijo Ethel y fue la primera en entrar en el ancho y luminoso recibidor, con suelo de mármol y muebles de gusto exquisito, claramente muy caros. La casa olía a pintura fresca, cera y flores. Había cuadros en las paredes y fotos por todas partes en marcos de plata elegantes.

«Vamos al salón», dijo Marisa y los condujo a una estancia grande, casi un salón de actos, cuyas ventanas daban a un jardín cuidado aunque pequeño. También aquí había muebles de muy buen gusto, arte en las paredes y muchas fotos.

«Por favor, sentaos. ¡Enseguida preparo el café! Tenemos asistenta, pero no empieza hasta la semana que viene», dijo sonriendo antes de salir de la habitación.

«Hay que reconocer que tienen mucho gusto. ¡Mira este sofá, es una maravilla! Tengo que preguntarle dónde lo compraron», dijo Ethel, acariciando el cuero color crema del mueble.

«Y una cartera bien repleta», comentó Jones mientras se sentaba con mucho cuidado en un sillón también color crema.

«Siempre tuvo buena mano para los negocios, y por lo que sé, la familia de Marisa tiene bastante dinero», dijo Ariadne, sentándose junto a Ethel en el sofá.

«Parece que Michael no está en casa», comentó al cabo de un rato.

«Quizá esté arriba descansando», dijo Ethel. «Después de todo ese estrés, yo también necesitaría un poco de tranquilidad.»

«¿Se refiere a después de asesinar a dos personas?», preguntó Jones.

«¡Eso no está demostrado!», respondió Ariadne, un poco más tajante de lo que pretendía, pero Jones solo esbozó una sonrisa cansada.

«Aquí tenéis el café.»

Marisa regresó con una bandeja y la dejó sobre la mesa. Luego sirvió el café humeante en tazas de porcelana blanca, las repartió, tomó una para ella y se sentó en el otro sillón.

«¿Y cuál es el motivo de esta inesperada visita? ¿Tienen más preguntas, Chief Inspector?»

«¿No está Michael en casa, querida?», preguntó Ariadne.

«¿Michael? No, después del interrogatorio en el restaurante vinimos juntos, pero estaba terriblemente alterado y no paraba de pasear por la casa.» Sonrió un poco triste. «Cuando algo le preocupa, no puede estarse quieto. En Argentina solía salir a caminar durante horas... o a cocinar. Quería volver al restaurante. Hoy íbamos a recibir un gran pedido de carne de vacuno y, con todo el alboroto, se le olvidó cancelarlo. Quería ver qué hacer con tanta carne. Supongo que todavía está en el restaurante. Cuando cocina, pierde la noción del tiempo, y dijo que iba a preparar varios litros de

caldo. Además, hay que llevar la carne a la cámara frigorífica y prepararla. ¿Ha pasado algo?»

Ariadne tomó aire, pero Jones fue más rápido.

«No, rutina. Nos quedan algunas preguntas sobre los empleados, que queremos aclarar con él. Nada importante. Me pasaré un momento por el restaurante y hablaré con él. Por cierto, el café está excelente.»

Marisa pareció tensarse un poco y sorbió su café.

«Tranquila, querida, solo es rutina», dijo Ariadne. Marisa también sonrió, aunque forzada, y colocó la taza en el platillo con un ligero tintineo.

«Claro, deberían hablar con él. Después de todo, hay que averiguar quién está detrás de ese horrible atentado. Ese pobre periodista... rezo por él y por su familia.»

«Ethel, cariño, ¿por qué no te quedas con Marisa un rato? Seguro que te puede enseñar la casa, ¿verdad?»

«Oh, encantada. ¡Me encantaría verla entera, querida! Se nota que tenéis un gusto extraordinario. Y me tienes que decir dónde compraste esos muebles.»

«Por supuesto, aún no hemos terminado de decorar, pero estaré encantada de enseñártela. Y luego os preparo algo de comer.»

«¡Eso suena de maravilla!»

«Voy con el Chief Inspector al restaurante, y cuando todo esté aclarado, volveré», dijo Ariadne levantándose. Jones también se puso de pie.

«Muchas gracias por el café, Mrs. Sheffield», dijo. «Ya nos las apañamos para salir. Y no se preocupe, de verdad, todo es pura rutina.»

Ethel miró a Ariadne con gesto interrogativo, pero ella solo se encogió de hombros. Ya se imaginaba por qué Jones no había dicho la verdad...

«Tenía que evitar que llamara a su marido para advertirle», explicó luego en el coche, de camino al restaurante.

«Ya me lo imaginaba. ¿Usted también notó que Marisa estaba tensa?»

«Sí, incluso le temblaban las manos. No diga nada, pero para mí eso indica que sabe perfectamente lo que su marido ha estado haciendo. Fue muy inteligente por su parte dejar a su amiga como perro guardián. Así tenemos más posibilidades de que no le avise.»

«¡Si es que fue él!»

«Sí, Miss Arlington, si es que fue él…»

La puerta del restaurante estaba cerrada y desde fuera se veía que no había luces encendidas.

«Entonces no está aquí», dijo Jones, volviéndose ya hacia el coche.

«¿De verdad, Chief Inspector?», preguntó Ariadne sonriendo.

«¿Y ahora qué pasa? Mrs. Arlington, a veces usted consigue...»

«No va a preparar la carne en el comedor, ¿verdad? Vamos, siempre hay una entrada de proveedores que da directamente a la cocina», dijo, y se dirigió hacia la izquierda, donde había un callejón estrecho entre los edificios.

«Eso iba a decirlo yo», murmuró Jones, adelantándola. Ella lo miró divertida y lo siguió por el callejón, húmedo y algo maloliente. Había cubos de basura, algo se movió de un lado a otro, y al fondo efectivamente había un pequeño patio trasero con más contenedores. Había colillas en el suelo, cajas de madera vacías de verduras esparcidas por ahí, y el olor era dulzón y desagradable.

«Eso parece sangre», dijo Jones, señalando un charco marronáceo junto a uno de los cubos.

«¿Ahora también quiere culpar a Michael de más asesinatos? Esto es un asador, trabajan con carne. ¡Claro que hay sangre!», replicó ella. ¿Qué estaría pensando Jones? ¿De dónde iba a salir esa sangre? ¡Si los Dupont habían sido asesinados en su propia casa, por Dios...!

«¿Michael?», llamó, porque la puerta trasera del restaurante estaba entreabierta. Al no recibir respuesta, intentó entrar, pero Jones la detuvo.

«Voy yo delante. En estas situaciones nunca se sabe cómo puede reaccionar el asesino», susurró.

«¡Presunto asesino!», le dijo ella, se soltó y entró en el restaurante. ¡Como si Michael le fuera a hacer daño!

«Michael, yo... ¡oh!» Se quedó paralizada, con la boca abierta, al ver a Michael frente a un gran bloque de madera, con un cuchillo enorme en la mano.

«¡Ariadne! ¡Dios mío, qué susto me has dado! Ah, ¿y usted también está aquí, inspector jefe?»

Él dejó el cuchillo a un lado y se limpió las manos en su delantal. No, no las manos en plural. Solo la izquierda, la derecha estaba vendada…

«Por favor, no te alteres», dijo Ariadne, y él la miró frunciendo el ceño. Se acercó a una estantería y cogió su paquete de cigarrillos.

«Ahora sí que me estás asustando. ¿Por qué no iba a alterarme?», preguntó, sacó un cigarrillo y lo encendió torpemente con la mano vendada.

«El señor Dupont y su hija fueron hallados asesinados esta mañana en su casa», dijo Jones sin inmutarse. Michael, en cambio, abrió los ojos de par en par y dio una calada profunda a su cigarrillo.

«¿Asesinados? ¡Eso es horrible!», exclamó.

Ariadne echó un vistazo a la cocina y vio una camisa en uno de los fregaderos, en remojo con agua jabonosa de un tono ligeramente rosado. Frunció el ceño: eso no era buena señal…

«Mr. Sheffield, tiene motivos más que suficientes para estar enfadado con los Dupont. Cartas amenazantes, el atentado contra su restaurante...»

Michael alzó las manos en señal de protesta.

«¡Un momento, Chief Inspector! ¡No querrá insinuar que yo maté a esos dos, verdad?»

«No insinúa nada, cariño, solo que tiene que...»

«Tiene un motivo, Mr. Sheffield, y un testigo vio a un hombre frente a la casa de los Dupont cuya descripción encaja bastante bien con usted.»

El párpado de Michael tembló y volvió a dar una calada.

«¡Qué tontería! ¡Yo no mataría a nadie! ¡Ni siquiera a ese gusano de Dupont! ¡Ariadne! Dile al Chief Inspector que no soy una persona violenta.»

«Dinos tú dónde has estado hoy. Seguro que todo se aclara.»

Frunció el ceño, volvió a fumar y luego se apoyó en la encimera.

«Después del interrogatorio me quedé aquí un rato más, pagué a los empleados la próxima semana y luego los mandé a casa. Llegó el proveedor, y Tommy, uno de los camareros, me ayudó a meter la carne en la cámara frigorífica. Puede preguntarle a él, Jones. Después fui a casa con Marisa, pero estaba demasiado nervioso como para relajarme. Además, había que procesar parte del pedido, así que volví. Y desde entonces he estado aquí, en el restaurante.»

«¿Y eso qué es?», preguntó Jones, señalando el fregadero.

Michael hizo una mueca y alzó la mano herida.

«Me manejé fatal y me corté. Estos cuchillos son endiabladamente afilados y no estaba concentrado. Sangró bastante y manché toda la camisa.»

Jones no parecía convencido; cogió un paño de cocina y levantó el cuchillo.

«¿Un corte así? Mr. Sheffield, no soy idiota y llevo años en esto. Seguro que sabe que nuestros forenses pueden distinguir entre sangre animal y humana. ¿Qué cree que encontrarán cuando mandemos este cuchillo y su camisa al laboratorio?»

Michael lo miró fijamente.

«Sangre de vaca, supongo.»

Jones dio un paso más hacia él, y Michael se tensó. Ariadne también se acercó y le puso la mano en el brazo.

«¡No puede ser en serio! ¡Yo no he matado a nadie! ¡Es absurdo! ¡Ariadne!»

«Mr. Sheffield, queda detenido bajo la sospecha fundada del asesinato de los Dupont», dijo Jones y le extendió la mano. Michael retrocedió, pero luego pareció como si le hubieran quitado el tapón a su cuerpo y se vino abajo por completo. En sus ojos brillaba la desesperación.

«Pero yo... Ariadne, por favor, tienes que creerme. Yo no he tenido nada que ver. Me conoces, ¡yo jamás mataría a nadie! ¡Tienes que ayudarme!»

«Llamaré a Timothy, mi abogado», dijo ella, tragando saliva mientras Jones sujetaba a Michael del brazo y se lo llevaba fuera del restaurante…

# 10

Lo peor era, sin duda, aquella espera interminable. Bueno, lo segundo peor había sido el té que le habían servido allí en el Yard. Se estremeció y dejó con cuidado la taza a su lado, sobre el incómodo banco de madera que había en un pasillo lleno de corrientes del enorme cuartel general de la Policía Metropolitana. Por todas partes se veían agentes, algunos con uniforme, otros con esos trajes mal entallados tan típicos de esa profesión. Voces zumbaban por el pasillo, resonaban desde las oficinas y por los corredores. Un enjambre de justicia.

Ojalá Timothy pudiera al menos conseguir que Michael saliera en libertad bajo fianza. Todo aquello tenía que ser un malentendido, no podía ser otra cosa. Michael no era un asesino, jamás. Hacía tiempo que no lo veía, sí, pero nadie cambiaba tanto. Michael, que siempre había sido amable y equilibrado, que solía considerar los problemas como «oportunidades» y que incluso bajo presión encontraba buenas ideas, ¿iba a perder así los nervios de repente y matar a dos personas? Y encima de una forma tan brutal y a traición. Tenderle una emboscada a una joven y asesinarla por la espalda, eso era... horrible y de una sangre fría escalofriante. No, eso no era propio de Michael, ni por asomo. Rebuscó en su bolso, ah, sí, aún quedaba uno de los bombones de emergencia. Con cuidado, quitó el papel dorado y se metió aquella pequeña bomba de nougat y avellanas en la boca. Dejó que el chocolate se deshiciera lentamente. Sí, eso sí que ayudaba a pensar. ¿Quién más podría haber tenido un motivo para asesinar a los Dupont? El restaurante de la familia no iba bien, eso lo había admitido el hijo. ¿Habría algún seguro de vida? ¿Tal vez el hijo tenía un motivo? Eso sería un buen giro argumental. Y no se decía acaso que el noventa por ciento de los crímenes violentos los cometía alguien del entorno más cercano? Tendría que hablar de ello con Jones. Luego estaba la teoría de Ethel de que el verdadero objetivo había sido el crítico. No, eso era un disparate. ¿Qué hablaba a favor de Michael? Se golpeó los muslos con los dedos. Bueno, los Dupont parecían realmente culpar a Michael de su mala racha. Veían en Michael y su restaurante a un enemigo. Pero eso no significaba

necesariamente que Michael sintiera lo mismo, atentado con veneno aparte.

Un restaurante que no va bien tampoco da dinero. Aun así, hay que seguir pagando los gastos fijos, el alquiler, los empleados, la mercancía. Ariadne sacó su pequeña libreta y anotó: «problemas financieros – ¿de dónde sale el dinero para los gastos si el restaurante no genera beneficios? ¿Banco? – improbable. ¿Prestamista? ¿Otra fuente?» Subrayó tres veces «prestamista». Esa era una buena línea de investigación. Le gustaba más esa idea que la del hijo asesino. Un usurero que le había conseguido a Dupont el capital necesario, pero que ahora quería todo el dinero de vuelta con intereses. Había leído sobre casos así en los periódicos e incluso había investigado uno para su serie de Arford. Con esa gente no se jugaba. Tenía que hablar de ello con Jones. Él se había lanzado de inmediato contra Michael, sin indagar en el pasado de los Dupont. Quien organiza un atentado contra un competidor desde luego no tiene un carácter ejemplar ni las manos limpias. Es muy probable que ya se haya ganado otros enemigos. Estaba también ese otro dueño de restaurante en la misma calle. O un proveedor al que no se le hubiera pagado. Había decenas de posibilidades de gente con ganas de vengarse de Dupont. Jones debía pedir los movimientos bancarios, ese era el primer paso importante y…

«¿Ariadne?»

Levantó la vista de su libreta y vio a Timothy delante de ella. Parecía algo agotado, sonrió con desgana y se dejó caer en el banco a su lado con un suspiro.

«¿Y bien? ¡No me tengas en ascuas!», dijo ella.

Suspiró y se encendió un cigarrillo. ¡Hombres, siempre con sus cigarrillos!

«La cosa pinta bastante fea, tengo que decirlo», dijo él y dio una calada.

«¿Un poco más concreto, por favor? No me digas que Michael ha confesado, porque eso no me lo creo ni por un segundo.»

«¿Confesar? No, pero… Michael ha contado que efectivamente estuvo frente a la casa de los Dupont.»

«¿Qué? Oh, eso no es nada bueno.»

«Ya lo decía yo. Solo lo admitió cuando ese DCI Jones le dijo que la testigo lo había reconocido claramente.»

«¡Eso es mentira! Tengo bastante respeto por Jones, pero eso es una mentira flagrante. Yo estaba allí. La vecina vio a un hombre que podría haber sido Michael, y nada más. Podrías haber sido tú: delgado, moreno y con bigote. ¡Eso no es una identificación válida!»

«Pero sí era él, lo ha confesado. Supuestamente fue a enfrentarse a Dupont por lo ocurrido en el restaurante, pero según él, no llegó a tocar el timbre. Le faltó valor y se marchó. Eso no le va a parecer creíble a Jones – y, seamos honestos, es poco convincente, ¿no te parece?»

«¿Por qué? Estaba alterado, de camino al restaurante. En medio de su enfado se planta frente a la casa de Dupont...»

«Y lo asesina. Esa es la conclusión a la que llegarán Jones y el fiscal.»

«¡Tonterías! Quise decir: se para ante la casa y se da cuenta de lo que está haciendo. Reflexiona, se lo piensa mejor y se va al restaurante.»

«Claro, y el asesino real, ese tercero desconocido, espera a que se marche y entonces entra a matar a los dos.»

«¿Tú eres el fiscal o su abogado defensor?», preguntó, mirándolo con rabia. Una sonrisa cansada se dibujó en su rostro.

«Voy a defenderlo, pero tengo que valorar todos los hechos. Ha admitido haber estado allí, el forense ha dicho que el cuchillo que usó en la cocina podría encajar como arma del crimen, lavó una camisa ensangrentada – y encima tiene una herida en la mano. Eso es típico en ataques con arma blanca. El mango se llena de sangre, uno resbala y se corta la palma. Todo eso no dibuja precisamente el perfil de un inocente, lo tienes que admitir.»

«¡No tengo por qué!»

«Oh, vamos, ¡no seas ingenua!»

Ella lo miró con hostilidad.

«¿Ingenua? ¿Y qué más? ¿Histérica, tal vez? Conozco a Michael desde hace años. Eso no encaja con él – y yo nunca escribiría algo tan burdamente construido.»

«Esto no es una novela de misterio», dijo él, fumando.

«¡Aun así! Dime mejor qué podemos hacer para sacar a Michael de este lío, señor abogado sabelotodo.»

«Si quieres ayudar, encuentra a ese desconocido que estuvo allí antes o después de Michael. Alguien debió de verlo también, ¿no crees? Y deberías hablar más a fondo con la esposa.»

«Eso puedo hacerlo sin problema. ¡Y también tengo algo para ti!»

«¿Ah, sí?»

Ariadne le entregó su libreta. Él la tomó y leyó la página varias veces. Luego frunció el ceño y la miró.

«Tienes razón», fue todo lo que dijo.

«Claro que la tengo. Eso hay que investigarlo. Ese hombre fue contra Michael con una agresividad que no tiene sentido si Michael no fue el culpable de su desgracia económica. Y no se puede descartar que ya antes se haya granjeado enemigos. ¡Y hay que averiguar de dónde sacaba el dinero para mantener su restaurante!»

«Vale, haré que lo investiguen, tengo gente para eso. También lo comentaré con Jones. Tú deberías informar a la esposa.»

Ella asintió, aunque eso era, en realidad, lo que más temía...

Solo con la mirada de Marisa se le rompía el corazón. Estaba sentada en el gran sofá, las manos sobre el vientre, y la miraba fijamente. Ariadne odiaba esos momentos y, hasta ahora, solo había farfullado cosas sin sentido. En el rostro de Ethel se veía que estaba haciendo esfuerzos por contenerse.

«Se han encontrado dos cadáveres en la casa del señor Dupont», logró por fin decir, y el gesto asustado de Marisa se convirtió en algo que solo podía describirse como pánico puro. Ariadne se sentó a su lado y le tomó la mano.

«No te preocupes, querida, Michael está bien, dadas las circunstancias. En la casa se encontraron los cuerpos de Fleur y el señor Dupont.»

«¡Qué horror!», murmuró Marisa con voz casi ahogada. Y había algo más en su mirada, un destello que Ariadne no supo interpretar.

«¿Dónde está Michael?», preguntó luego.

«Lo han detenido», dijo Ariadne, y sintió cómo la mano de Marisa comenzaba a temblar.

«¿Detenido? ¿Pero por qué?»

«Todo se aclarará pronto, no te preocupes, yo… ¡Marisa!»

La joven puso los ojos en blanco, dejando al descubierto el blanco de los mismos, y pareció sufrir un espasmo.

«¡Por el amor de Dios! ¡Ethel, ayúdame!», gritó. Ethel se levantó de un salto y la ayudó a evitar que Marisa resbalara del sofá.

«¡Podrías habérselo dicho con más tacto!», dijo Ethel.

«¡Muy útil tu comentario! ¡Mejor ve por un vaso de agua! ¡Y llama a un médico!», respondió.

Ethel salió del salón y Ariadne palpó la frente de Marisa. Estaba empapada en sudor y helada. Le colocó una almohada bajo la cabeza y luego la observó, indecisa. ¿Qué se hacía en una situación así?

«¿Dónde te metes con el agua?», gritó. Los párpados de Marisa temblaron y abrió los ojos lentamente.

«¡Cielo santo, querida!», exclamó Ariadne, pero Marisa no parecía percibirla en absoluto. Su mirada estaba vacía y desenfocada y murmuró algo que Ariadne no entendió.

«¡Ya estoy aquí!», dijo Ethel con un vaso de agua en la mano. Se lo entregó a Ariadne, que intentó hacer que Marisa bebiera un poco. Solo entonces pareció Marisa notar su presencia.

«No de nuevo», susurró, luego volvió a cerrar los ojos y pareció perder el conocimiento otra vez.

«¡No te quedes ahí parada! ¡Llama a un médico!», dijo ella con más fuerza de la que pretendía, y Ethel, con expresión de puro horror en el rostro, prácticamente salió corriendo de la habitación.

«Es un desmayo debido a una gran tensión nerviosa», dijo el médico mientras dos camilleros sacaban a Marisa de la sala en una camilla.

«¿Y el bebé?», preguntó Ariadne, observando a la pobre mujer, que parecía frágil como una muñeca de porcelana.

«El bebé debería estar bien, pero lo examinaremos con más detalle en la clínica. Le he administrado un tranquilizante suave y la mantendremos en observación. Pero no creo que haya motivo de

preocupación. Lo que necesita ahora es sobre todo reposo, eso es muy importante en estos casos.»

«¡Gracias!», dijo ella y estrechó la mano del médico, que luego salió tras los camilleros.

Ethel le pasó un vaso de whisky y se sentó a su lado en el sofá.

«¡Qué susto!», dijo Ethel y dio un gran trago.

Ariadne dejó su vaso. El alcohol nunca le había ayudado a calmar los nervios ni a aclarar sus ideas.

«¡Ahora me vas a contar exactamente qué ha pasado!», dijo Ethel y dio otro sorbo. Ariadne le resumió brevemente los hechos y también le entregó su pequeña libreta.

«No pinta nada bien. ¿Por qué estaba Michael en esa casa?», preguntó después de que Ariadne terminara su relato.

«¡Ya lo dijo! Quería enfrentarse a Dupont, pero luego le faltó valor o le pudo la sensatez. ¡Tú también lo conoces! ¿Puedes imaginarte a Michael como un asesino a sangre fría?»

«No lo conozco tan bien, si somos sinceras. Tú lo conoces mucho mejor y si crees que es inocente, entonces por supuesto que te apoyaré. ¿Y Timothy dice que deberíamos volver a hablar con los vecinos?»

«Sí, debemos encontrar a alguien que haya visto algo más. Algunos vecinos no estaban en casa cuando fui con Jones. Así que es perfectamente posible que aún encontremos a alguien. Pero lo que más me intriga ahora es: ¿qué quería decir Marisa con 'no de nuevo'?»

Ethel la miró con desconcierto.

«¿Qué? ¿Cuándo dijo eso?»

«Cuando fuiste a llamar al médico. Recuperó brevemente el conocimiento y lo murmuró. 'No otra vez'. ¿A qué demonios se refería?»

«Ni idea. Tal vez fue solo el susto, un delirio…»

«No tenía fiebre. No. Hay otro punto en toda esta historia que apesta hasta el cielo.»

Ethel se levantó y fue hasta la pequeña barra.

«¿Y cuál sería?», preguntó mientras el hielo tintineaba en su vaso.

«Volvieron repentinamente de Argentina a Inglaterra. Michael dijo que aquí tendría más tranquilidad para él y su familia, pero ¿y si eso no es cierto? ¿Y si allí les pasó algo grave? ¿O si alguien intentó matarlos?»

«¿Estás sugiriendo que Michael ya mató a alguien allí?»

Ethel giró el vaso en su mano y regresó al sofá.

«¡Claro que no! Pero tal vez hicieron enemigos allí.»

«¿Que ahora vienen a Inglaterra y eliminan al competidor para culpar a Michael? Vamos, querida, eso sería exagerado incluso para una novela de misterio.»

«Pero estoy segura de que pasó algo. Ya te conté lo nervioso que me pareció cuando me visitó. Es más bien una corazonada…»

«Entonces tendremos que preguntarle a Marisa si pasó algo en Argentina.»

«No creo que esté en condiciones mentales para responder a ninguna pregunta ahora mismo. No. ¡Voy a llamar a Devi!»

«¿Devi? ¿Qué tiene que ver ahora ella con esto?»

«Trabaja en el Times. Seguro que tiene contactos, corresponsales o algo por el estilo que puedan ayudarnos. Si ocurrió algo gordo, tal vez alguien lo reportó. Y también deberíamos echar un vistazo por esta casa. Seguro que no hace daño», dijo y se levantó. Ethel suspiró y dejó su copa.

«¿Y qué se supone que busquemos aquí?»

«Ni idea, ¡lo que sea! Tú te encargas de esta planta, yo voy arriba. Pero antes llamo a Devi.»

«¡Siempre con tus caprichos!», dijo Devi.

«¿Puedes investigar o no?»

«Claro que sí, me informo. Si pasó algo, seguro que alguien lo sabe. ¡Pero entonces me debes esa entrevista!»

«Vale, tendrás tu dichosa entrevista. ¿Qué te parece si cenamos esta noche en mi casa? ¿Sobre las nueve?»

«De acuerdo, hecho. Pero no prometo nada.»

«¡Gracias! Hasta esta noche entonces.»

Colgó y se quedó un momento en el pasillo. ¿Qué se suponía que debía buscar? Suspiró. En sus novelas, el detective siempre

encontraba alguna pista reveladora. Pero claro, ellos solían tener una idea de lo que buscaban.

¡Algo tenía que haber! Se irguió y subió la escalera al primer piso. Lo mejor sería empezar por el dormitorio de la pareja…

# 11

Ariadne se sentó en la cama y reflexionó. En toda la casa había innumerables fotos, la mayoría mostraban a Marisa y su familia, algunas con Michael, otras sin él. Tías, tíos, los padres, una hermana —al menos eso suponía ella—. Pero nada de eso era realmente extraordinario. En la planta superior también estaba la futura habitación del bebé, llena de peluches y con una camita con dosel, un pequeño despacho casi vacío en el que solo había un escritorio con una máquina de escribir y unas cuantas estanterías vacías, un cuarto de invitados también prácticamente desocupado —y por supuesto el dormitorio muy amplio con la enorme cama, una cómoda de gran gusto y un vestidor. Lo único que llamaba la atención era la limpieza casi clínica de toda la casa. Ni siquiera con una ama de llaves lograba ella misma ese nivel. Superficies impecables, ni una mota de polvo en el suelo. Pero eso no la ayudaba ni un ápice en su investigación. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Un compartimento secreto lleno de cartas amenazantes de un jefe mafioso argentino? En realidad, ya no quedaba ningún sitio donde pudiera seguir buscando pistas. Había mirado detrás de los marcos y espejos, buscado dobles fondos en los cajones e incluso golpeado las tablas del suelo. Nada. Ningún escondite secreto, ninguna caja fuerte oculta. Suspiró suavemente y se levantó de la cama. Siguiendo una pequeña corazonada —o desesperación, no lo tenía del todo claro—, se arrodilló de nuevo. La cama no tenía patas muy altas y solo podía palpar debajo con la mano. Ni siquiera ahí parecía haber polvo. Pero tampoco había nada más... ¡oh! Sorprendida, agarró y sacó un sobre grande y grueso de color marrón de debajo de la cama.

Bueno, veamos qué tenemos aquí. Se volvió a sentar en la cama y vació el contenido del sobre, que no estaba cerrado, sobre la colcha. Contenía decenas de fotografías. Frunció el ceño. Algunas de las imágenes ya las había visto enmarcadas en la casa, como por ejemplo la foto de boda con la familia. Un momento, ¡pero ahí había alguien más! Justo en el borde derecho de la imagen estaba un joven, más bien un adolescente con un fino bigotito y el pelo rizado.

Este joven también aparecía en otras fotos. A veces con la familia, una vez con Michael, pero casi siempre con Marisa. Reían abrazados, jugaban juntos en el jardín. Ariadne supuso que se trataba de un hermano. Y en efecto, dos fotos que mostraban a un niño pequeño —que pudo identificar como el mismo joven bastante atractivo gracias a un lunar y sus grandes ojos— estaban en el reverso anotadas con «mi hermano querido» y «Fernando». Identificó otras fotos que ya había visto en la casa. Al parecer, Marisa y Michael se habían esforzado mucho por borrar al misterioso hermano Fernando de sus vidas y recuerdos.

«De hecho, ¡son las mismas fotos!», dijo Ethel.

«Tiene que haber pasado algo», dijo Ariadne mientras colocaba las imágenes sobre la pequeña mesa de café.

«¿Quizás murió? Querían huir de ese recuerdo doloroso, por eso dejaron el país y recortaron las fotos.»

«Sí, puede ser. Si me preguntas, creo que esta damnatio memoriae viene más bien de parte de Michael.»

«¿Y eso por qué?»

«Ella guardó las fotos y las escondió. Tal vez ocurrió algo más. Desde luego es interesante. Estoy deseando saber si Devi ha averiguado algo.»

«¡Ay, tengo tantas ganas de ver a esa buena mujer! ¡Hace siglos que no la veo!»

«Pues bien, eso es, resumiendo, lo que ha pasado hasta ahora. Y luego lo de las fotos. Supongo que hubo alguna tragedia familiar que llevó a Michael y Marisa a abandonar el país. Si lo piensas bien, podría haber sido un asesinato, ¿no? Alguien mató al hermano de Marisa y por eso ya no se sentían seguros en Argentina», dijo Ariadne y luego dio un sorbo a su vino tinto.

«Sí, por ejemplo un secuestro. La familia de Marisa es muy adinerada, ¿no? Alguien podría haber secuestrado al hermano y luego lo mató. ¡Yo también me habría mudado rápidamente a otro país, créeme!», dijo Ethel.

«¡Otra vez pones esa cara!», dijo Ariadne, y Devi solo esbozó su sonrisa especialmente enigmática —y exasperante—.

«No vais del todo mal encaminadas, pero en realidad sí», dijo entonces y les dedicó una amplia sonrisa.

«¡No lo hagas más emocionante de lo necesario!», dijo Ethel.

«Ay, pensaba esperar hasta que sirvieran el plato principal…»

Ariadne alzó el cuchillo y lo agitó en el aire.

«¡Si no quieres que tengamos que resolver otro asesinato ahora mismo, será mejor que nos cuentes todo lo que has averiguado!»

Devi echó hacia atrás el cabello y soltó una carcajada.

«Vale, vale. Me sorprende que no hayáis oído hablar de este caso, salió incluso en nuestro periódico, hace casi un año.»

«¿Qué? ¡Ve al grano!», dijo Ethel.

«Ya sabes que no leo mucho los periódicos, ya tengo bastante con asesinatos en el trabajo.»

«Bueno, par de incultas: en efecto, hubo un asesinato trágico, pero el hermano, ese Fernando, no fue la víctima. ¡Fue el asesino!»

«¡No!»

«¡Sí, te digo que sí! Fue una historia bastante trágica y, de alguna manera, también un poco loca. Estuve más de dos horas hablando con el colega que investigó el caso. Ese Fernando era el hermano menor de Marisa, nacido en 1910. Por lo visto siempre tuvo una relación muy, muy estrecha con su hermana; algunas personas con las que habló mi colega dijeron que demasiado estrecha. Que ya era casi enfermiza. No soportó que ella se fuera a estudiar a Europa y trató de suicidarse. Luego estuvo un tiempo en un hospital psiquiátrico, pero lo dieron de alta tras un año. Eso fue, déjame pensar, en 1923, cuando aún era casi un crío. Los padres lo mandaron a un internado en Uruguay, donde al parecer se adaptó bien. Buen rendimiento académico, amable y muy querido por los demás alumnos. Cuando Michael y Marisa llegaron a Argentina en 1924, él todavía estaba en la escuela. Se graduó allí en 1927 y luego comenzó a estudiar en Montevideo, algo relacionado con el arte. Pero seguía visitando a su hermana con frecuencia, y ya entonces se produjeron discusiones con Michael. Estaba terriblemente celoso y, según dicen, ya una vez llegó a las manos. En 1931 regresó a Argentina y la situación fue empeorando. Estaba constantemente en casa de Marisa y Michael y había muchas peleas. Eso lo confirmaron

los vecinos. Luego hubo fases en las que la relación parecía mejorar, pero en 1933 la cosa explotó. Hay varias versiones sobre lo que desató la discusión, pero debió de ser algo muy grave. En cualquier caso, Fernando, borracho, fue al armero de su padre y emboscó a Michael. Quería matarlo. Pero no alcanzó a Michael, sino a un estadounidense que vivía en Buenos Aires y que al parecer era socio comercial de Michael. Debían de parecerse mucho, por eso se produjo esa trágica confusión. Arrestaron a Fernando y, probablemente porque el padre tenía mucha influencia, no lo llevaron a prisión sino otra vez a un psiquiátrico.»

«Dios mío, ¡qué tragedia!», dijo Ariadne.

«¡Y la tragedia aún no ha terminado!», dijo Devi y tomó un sorbo de vino.

«Tú y tus pausas dramáticas», dijo Ethel, acercándose un poco más. Ariadne notó el brillo en sus ojos: aquello le resultaba una emoción fascinante.

«Fernando escapó del hospital psiquiátrico y desapareció. Como si se lo hubiera tragado la tierra», dijo Devi.

«¡No!»

«Oh, sí, así mismo es, querida Ethel.»

«Entonces, podría… No, eso ya sería un poco loco, ¿no?»

«Sé lo que estás pensando, Ariadne, pero también creo que eso es un poco exagerado. ¿El hermano asesino, escapado, que viaja a Londres y mata aquí a un restaurador y a su hija? No, eso sí que es demasiado rebuscado. ¿Y por qué iba a matar a Dupont y no a Michael? Quiero decir, ya se ha confirmado que fueron los Dupont los que estaban detrás del atentado con veneno, ¿no?»

«Sí, fue Fleur. Yo tampoco lo sé, pero hay algo en toda esta historia que no encaja. ¿Y si el hermano solo quería proteger a su hermana? Quizá en realidad no iba contra Michael en aquel entonces, sino… no sé. El pobre chico parece estar bastante perturbado. Solo estoy especulando, así que no seáis demasiado críticas: Michael discutió con Marisa, como pasa en cualquier matrimonio. Pero Fernando lo malinterpretó y quiso proteger a su hermana. Ataca a Michael —o al pobre estadounidense—. Termina en el psiquiátrico y no soporta estar allí sin su adorada hermana. Se

escapa y de alguna manera llega a Inglaterra. Observa a Michael y Marisa en secreto, pero Michael siente que algo no va bien. Por eso estaba tan nervioso cuando me visitó: sentía que lo vigilaban. Fernando también observa el restaurante, quizás ve que Fleur se infiltra allí, se entera de lo que pasó. Otra vez ve a su hermana en peligro y ataca.»

«Es una teoría bastante arriesgada», dijo Ethel, pero alzó las manos de inmediato. «Aunque a veces son las mejores, ¿no? Quiero decir, suena loco, al menos un poco, pero ¿por qué no? El hermano ya ha matado a alguien y, aunque no conozco tanto a Michael como tú, tienes razón: no me parece un asesino a sangre fría.»

«¡Y por eso tenemos que contárselo a Jones! Y volver a preguntar por el vecindario. Pero sin aferrarnos a una sola teoría. Timothy quiere investigar un poco más sobre Dupont, pero quizás tú también podrías husmear un poco», dijo, dirigiéndose a Devi.

«Entonces no será una entrevista, sino un reportaje de interiorismo; ¡eso está ahora muy de moda en EE. UU.!»

«De acuerdo, como quieras.»

«Estás muy callada, tía.»

«No, estoy pensando», dijo Dorothy.

«¿Piensas que me estoy montando una película?», preguntó ella.

«Tonterías, querida. Puede que la idea sea un poco loca, pero ¿y qué? A veces pasan cosas muy extrañas. La semana pasada, el gato de la señora Mint paseó por el pueblo con unos calzoncillos en la cabeza.»

«Sí, muy útil.»

La tía Dorothy se rió al teléfono.

«Extrañas, a eso me refería. Solo tengo la sensación de que aquí hay algo turbio. Ese atentado con veneno, no sé. En realidad, no tiene sentido. ¿La hija del restaurador de enfrente?»

«Bueno, en realidad estudia en Suiza, por eso nadie la reconoció.»

«Aun así. ¿Por qué iba a enviar a su propia hija? Podría haber mandado a cualquiera, pero no, pone en peligro a su propia hija. Eso me parece muy extraño. Y además, no es un plan muy inteligente. Ya nadie iba a su restaurante, ¿por qué de pronto la gente acudiría

en masa solo porque alguien se envenenó en el del argentino? Es un plan malísimo. ¡Yo te lo tacharía en rojo en tu novela!»

«¿Te cuesta imaginar que un loco haya viajado desde Argentina a Inglaterra para matar a gente aquí, pero ves poco creíble lo del envenenamiento?»

Dorothy volvió a reír por teléfono.

«Solo digo que ese atentado contra el restaurante es el centro de todo. Y algo ahí no cuadra. Y si eso no cuadra, entonces todo está en entredicho. Y ahora tengo que volver a sacar a pasear al señor Higgins —¡y tú deberías irte a la cama y repasar todo esto con la cabeza despejada!»

De fondo ladró el señor Higgins.

«Bien, te volveré a llamar si descubro algo nuevo.»

Ariadne colgó y se quedó sentada un momento en la silla del vestíbulo. Tía Dorothy había dado de nuevo en el clavo. El atentado con veneno era la clave. Si ahí había algo que no encajaba… Bostezó. Irse a la cama también era una buena idea, y mañana seguiría investigando con energías renovadas..

# 12

«Esto no va en serio, ¿verdad? ¿Un loco argentino que se escapó de un manicomio tras haber asesinado a un hombre al que confundió con su cuñado, y que luego, de alguna manera, se las arregla para llegar a Inglaterra solo para vengarse de supuestos enemigos de su hermana apuñalando a dos personas?», dijo Jones, mirándola como si también pensara internarla a ella.

«Dicho así, suena un poco loco», dijo Ethel.

«¿Ah, sí? ¿Le parece? Solo he resumido lo que acaba de contar la señora Arlington, ¿o me he olvidado de algo? ¿Y puedo preguntar de dónde ha sacado usted esa información?»

«De una fuente fiable, y le recomendaría que se pusiera en contacto con sus colegas argentinos para comprobarlo a fondo. Mire, sé que suena poco habitual…», comenzó Ariadne.

«¿Poco habitual? ¡Está usted loca, más bien!»

«No, ese no es el término adecuado. Poco habitual sí que lo describe bastante bien. Pero piense un momento, Jones: el hermano está mentalmente inestable y obsesionado con su hermana. Ya ha demostrado que está dispuesto a matar por ella. Podría haberse embarcado en algún barco, o haber atacado a alguien y robado sus papeles.»

«¡Esto se pone cada vez mejor! Entiendo perfectamente que quiera defender a su amigo, pero admítalo: todo está en su contra. No hay testigos que hayan visto a ningún misterioso hombre en el lugar del crimen, su amigo tenía un motivo, un arma…»

«Un arma potencial», dijo Ethel.

«Bien, un 'arma potencial'. Tiene una herida típica en la mano que suele encontrarse en este tipo de crímenes. Tenía la oportunidad. El clásico trío: motivo, medio y ocasión. Debería gustarle como escritora, ¿no le parece?»

«Si me dejara hablar con Michael, entonces…»

«Eso es absolutamente imposible, señora Arlington. No mire así – ¡usted tampoco! Eso va totalmente contra las normas, y aunque me caen muy bien, no voy a arriesgar mi puesto por ustedes ni por una

fantasía. Lo siento, pero las reglas son las reglas. ¡Cualquier juez me lo echaría en cara!»

«Entonces al menos investigue si Fernando ha sido visto en alguna parte», dijo Ariadne.

«Eso sí puedo hacerlo. Y también investigaré las finanzas del señor Dupont, ¿eso es lo que quería, no?»

«Mi querido jefe inspector, aquí no se trata de lo que yo 'quiera'. ¡Eso debería haberlo notado usted solo! Y además, debería revisar todo el asunto del envenenamiento, porque…»

Jones resopló.

«¡Eso ya está resuelto! ¡Fue Fleur Dupont!»

«¡Aun así!», dijo Ethel.

«Si les prometo echarle otro vistazo, ¿me dejarán entonces seguir con mi trabajo en paz?»

«¡Trato hecho!»

En el vestíbulo de Scotland Yard, Ariadne se dirigió al joven uniformado sentado tras el reluciente mostrador de madera oscura.

«¿Podría usar su teléfono?», preguntó.

«Por supuesto, señora», respondió él, colocando el teléfono negro sobre el mostrador.

Ariadne lo miró.

«Ah, bueno, creo que iré a prepararme un té…», dijo él, se levantó y desapareció por una puertecita.

«¿A quién vas a llamar?», preguntó Ethel.

«A Timothy, por supuesto, que hable con Michael cuanto antes sobre su cuñado – ¡y luego nos pondremos en marcha para encontrar testigos!»

«Sabes que todo esto suena bastante descabellado, ¿verdad?»

«¡Timothy! ¡Tú no empieces también! Ya no aguanto más que me lo repitan. Es una pista, ¿o no lo es?»

«Una bastante inverosímil, pero bueno, sí, podría ser una pista. Voy enseguida al Yard y hablaré con él. ¿Dónde puedo encontrarte?»

«¡Ven esta noche a cenar a casa!»

«Bien, lo haré. ¡Hasta luego!»

«Estás otra vez dándole vueltas, eso te va a provocar arrugas», dijo Ethel.

«Así que por eso pareces tan increíblemente joven.»

«Ja, ja, muy graciosa, de verdad. Vamos, suéltalo, ¿qué te preocupa?»

«No puedo quitarme de la cabeza lo que dijo la tía Dorothy. Algo no encaja con el envenenamiento. Tía tiene razón: fue un plan sumamente arriesgado. Un cliente podría haber reconocido a Fleur, o alguno de los empleados. Entonces todo habría salido a la luz. Además, tía también tiene razón en que Dupont, en realidad, no tenía nada que ganar. Su restaurante ya iba mal antes y al final habría salido a la luz que no se trataba de un problema de higiene en el restaurante de Michael, sino de un envenenamiento. Así que, ¿qué ganaba él con eso?»

«Bien, vamos a verlo desde el final hacia el principio, ¿de acuerdo? Dupont no podía saber que nosotras íbamos a estar allí esa noche y que no íbamos a comer la ensalada. Somos, por así decirlo, el escollo con el que no contaba. El médico pensaba que se trataba de una intoxicación por carne.»

«¡Eso habría salido como mucho en la autopsia del señor Harold!»

«Estás pensando como novelista, querida. Ese es otro escollo. Probablemente ni siquiera pensó que alguien pudiera morir. ¿No dice Agatha que los asesinos siempre son más tontos de lo que creen?»

«Pero…»

«No, nada de "pero". Dupont estaba desesperado. Él mismo arruinó su restaurante, pero las personas no son buenas asumiendo su propia culpa. Siempre es más fácil buscar un chivo expiatorio. Y Michael, con su nuevo restaurante, era el blanco perfecto. La desesperación hace que la gente haga cosas tontas e irracionales. Y al fin y al cabo, ¿quién iba a conocer a Fleur? Su hermano dijo que estudiaba en el extranjero.»

Ariadne aceleró un poco el coche.

«No es un fantasma. Seguro que ha venido de visita a ver a su padre alguna vez. Acuérdate de aquel policía que la reconoció de inmediato.»

«Sí – y ahí está el punto débil de tu trama, querida. La buena de Fleur tenía su foto pegada al currículum.»

«Admito que eso es un pequeño problema…»

«No, es un problema enorme. Si no tenía una malvada doble, entonces es imposible que no fuera ella. ¿Y quién contrató a esa asesina malvada y suplantadora? ¿El hermano loco también? ¡Vamos! Estoy dispuesta a creer en la historia del asesino fugitivo, pero eso ya es demasiado.»

¿Una doble? Tal vez no era tan descabellado… ¿o sí? Madre mía…

«¡He oído hablar de eso, qué cosa tan horrible!», dijo la señora Peel, que vivía justo al lado de la casa de los Dupont y que no se había encontrado en casa durante la primera ronda de preguntas. La mujer, de unos cuarenta años, con un moño severo y un rostro amable, les servía una taza de té.

«Ya le dije a mi vecina que este barrio ya no es lo que era.»

Ariadne levantó una ceja, sorprendida. La calle le parecía en realidad agradable, limpia y segura.

«¿Ah, sí?»

«Bueno, querida, desde hace unas dos semanas aparece por aquí un hombre muy extraño.»

Ariadne y Ethel intercambiaron una mirada. "Hombre extraño", eso ya podía ser la pista caliente que estaban buscando.

«¿Y ha visto por casualidad a ese hombre el día del crimen?»

«Casi todos los días lo veo. Esa mañana lo vi en la parada del autobús, cuando iba al trabajo, sí. De hecho, estuve pensando en ir a la policía, pero en el periódico ponía que ya habían detenido a alguien», dijo la señora Peel, posando su mano sobre el ejemplar de The Times cuya portada mostraba una foto del señor Dupont y de Fleur bajo el titular: "Restaurador local detenido por asesinato".

«¿Debería haber ido a la policía? Con estas cosas nunca sabe una qué hacer.»

«Dígame, ese hombre que merodea por aquí, ¿podría describirlo? ¿Era él?» Ariadne sacó una foto de Fernando de su bolso y se la entregó a la señora Peel. Esta se puso unas gafas pequeñas y examinó detenidamente la imagen.

«Bueno, el color de pelo y la complexión encajan, podría ser él. Pero el hombre tenía el pelo mucho más largo y una barba espesa y descuidada. Un vagabundo, vamos, muy desaliñado. Esa mancha debajo del ojo… sí, creo que me acuerdo. Esperen aquí un momento, vuelvo enseguida.»

La señora Peel se levantó, abrió la puerta de la cocina que daba al pequeño jardín y salió.

«¡Esto podría ser el gran avance!», dijo Ariadne.

«Esperemos que su memoria sea mejor que su talento para la repostería», dijo Ethel con cara de asco al dejar una galleta en el plato.

«¿Me estás escuchando? ¡Ha dicho que lo ha visto y cree que podría ser Fernando!»

«Sí, claro que te he oído, querida. Pero ese hombre que ronda por aquí es un vagabundo. ¿Tú te fijas en los vagabundos? Yo no.»

«¡Esa es la señora Gallop, mi vecina!», dijo la señora Peel, que regresó a la cocina acompañada de una mujer con sombrero de paja y guantes de jardinería.

«¡Buenos días! ¡Dios mío, mis dos escritoras favoritas sentadas en la misma mesa! Qué emoción. ¿Están investigando para una novela?»

«No.»

«Sí.»

«Eh, bueno, sí y no. Mi querida amiga Ariadne está investigando para una nueva y muy emocionante novela policíaca, y yo la estoy ayudando, ¿verdad?»

«Sí, claro, así es», dijo Ariadne.

«¡Qué maravilla! Es realmente muy emocionante – y por supuesto también muy terrible lo que le pasó al pobre señor Dupont. Era muy amable, para ser extranjero. ¿Sabían que era… francés?» Bajó la voz como si se tratara de un oscuro y terrible secreto – y además sumamente vergonzoso.

«No me digas», dijo Ethel, dando un sorbo a su té.

«En realidad, estábamos hablando de ese vagabundo, señora Gallop», dijo Ariadne, sonriendo amablemente a la mujer, cuyo rostro se había enrojecido por la emoción.

«¡Ah, sí! También es extranjero. Pero no francés, creo que italiano.»

«¿Italiana? ¿Está segura?»

«Bueno, o español, mediterráneo en todo caso. Ahora que me lo pregunta, más bien español. Sí, bastante segura de que es español.»

Ariadne sintió un leve temblor en las manos y un cosquilleo en la nuca.

«¿Le ha mostrado la señora Peel la foto?», preguntó.

«Oh, es él, sin duda. Esa mancha debajo del ojo, me llamó la atención. Qué trágico al ver la foto. Lo que se ha hecho con ese rostro tan bonito. El alcohol y las drogas, ¡muy malo!»

«¿Estaba borracho?», preguntó Ethel.

«Por lo menos no estaba en sus cabales. Murmuraba todo el tiempo y rebuscaba en los cubos de basura», dijo la señora Gallop. «Estuve a punto de llamar a la policía, pero no vienen para esas cosas. Ya tuvimos antes un vagabundo por aquí y llamé varias veces, pero ¿vinieron? ¡No! Supuestamente enviaron una patrulla, pero yo no vi nada, ¿y tú?», preguntó mirando a la señora Peel.

«Bueno, no hizo nada malo, aunque es algo incómodo tener a alguien así por aquí», dijo ella, sonriendo casi con disculpas.

«¿Podría decirnos algo sobre el señor Dupont?», preguntó Ethel. La señora Gallop se quitó los guantes y se sentó también a la mesa.

«Como ya he dicho, extranjero. Con los franceses nunca se sabe, qué pueblo tan raro, ¿no les parece? Ese idioma… y lo que comen.» Se estremeció un poco. «Aunque en realidad era muy amable. Siempre saludaba y esas cosas. Nunca hacía ruido. Tenía ese restaurante, pero eso ya lo saben, claro.»

Ariadne asintió.

«Una hija y un hijo. La mujer lleva ya varios años muerta, nunca la conocimos. El señor Dupont ya era viudo cuando se mudó aquí a finales de 1933. La hija, pobrecita, estudió en el extranjero y venía poco por aquí. Al hijo casi no lo conozco. Se fue de casa poco después de que compraran esta vivienda. A veces aparece, pero nunca he hablado de verdad con él.»

«¿Recibía muchas visitas el señor Dupont?», preguntó Ethel.

«En realidad, casi nunca, ¿verdad?», preguntó la señora Gallop.

«Normalmente no estoy en casa durante el día, así que no podría decir. Que hoy esté aquí es más bien una casualidad, hubo una fuga de agua en la oficina», dijo la señora Peel.

«¡De verdad nos han ayudado mucho! Pero lamentablemente tenemos otra cita», dijo Ariadne, y quiso levantarse, pero vio una expresión de decepción en el rostro de la señora Gallop.

«¿Creen que podrían firmarme un libro? ¡Sería una gran alegría para mí!»

«¡Por supuesto! ¡El gusto es todo nuestro!»

«¡Las dos dijeron que el vagabundo era el hombre de la foto! Eso no puede ser una coincidencia. Te juro que es Fernando», dijo Ariadne en el breve trayecto hacia el restaurante de Michael.

«Puede ser, puede que no. Esa señora Gallop no me pareció una testigo especialmente fiable. Italiano, español… ni siquiera estaba segura.»

«El español argentino suena muy suave y melódico, se puede confundir con el italiano.»

«¿Y qué quieres hacer en el restaurante? ¿Y cómo piensas entrar?»

Ariadne sonrió y sacó un pequeño llavero de su bolso.

«¡Menuda bribona estás hecha!»

«Bueno, estaba ahí sobre la encimera y pensé que, por seguridad, era mejor que lo guardara. ¿Y qué quiero hacer allí? No lo sé, echar un vistazo no puede hacer daño.»

La cocina estaba tal como había quedado tras la detención de Michael, salvo que la carne ya no estaba sobre el gran bloque de madera. Frunció el ceño. ¿Habría estado alguien más allí?

«¡Ethel!»

«¿Qué pasa? ¡El pan se iba a poner duro de todos modos!», dijo, llevándose otro trozo a la boca. «Desde luego, mejor que esas galletas horribles.»

«Echa un vistazo a la cocina y al comedor, yo voy a buscar la oficina de Michael.»

«¡Sí, jefa!», dijo Ethel, cogió una baguette entera y se fue dejando migas por todo el restaurante.

Ariadne fue a la pequeña oficina, bastante caótica. Papeles por todas partes, carpetas, archivadores apilados. Se sentó en el sillón de cuero y reflexionó. ¿Qué estaba buscando?

Empezó a ojear al azar los montones de documentos. Facturas, albaranes, listas de personal, recetas… todo era un caos. Al devolver un montón, se le cayó un papel. Lo recogió y lo leyó. Eran ingresos anotados a mano, con deudas en tinta roja. No había nombres, solo siglas como FR, que no le decían nada. Sin embargo, siguiendo un presentimiento, guardó el papel.

Se levantó y abrió varios cajones desbordados de una cómoda. Más facturas, direcciones, recetas, notas confusas. Bueno, ¿qué esperaba? ¿Un diario donde Michael escribiera sus miedos hacia Fernando? Sonrió ante su propio pensamiento absurdo y estaba a punto de salir de la oficina cuando se fijó en un papel cerca de la papelera. Lo recogió y alzó las cejas sorprendida. No era un papel cualquiera. Eran datos de una agencia de viajes sobre un vuelo de Londres a Buenos Aires y regreso. Solo había tres días entre ambos trayectos. Y el vuelo de vuelta era de hace dos semanas. ¿Qué había hecho Michael en Buenos Aires hace dos semanas? ¿Y solo por tres días? Si el viaje duraba casi más. ¿Tenía algo sumamente importante que hacer? No, no se viaja hasta el otro extremo del mundo solo por tres días…

Se oyó un estruendo en el comedor y luego un grito de Ethel. Ariadne corrió y vio a Ethel inmóvil junto a una mesa.

«¿Qué ha pasado aquí?», preguntó.

«¡Ese joven me ha dado un susto terrible, eso es todo!»

Frente a ella estaba encorvado el joven señor Miller, sujetándose la cabeza. A sus pies, una gran molinillo de pimienta. Ethel sonrió con disculpas.

«Pensé que quería atacarme…»

Después de que Ariadne le pusiera una toalla húmeda en la frente y le ofreciera una copa, se sentaron todos en una mesa.

«¿Qué hace usted aquí?», preguntó.

«Acababa de leer el periódico – sobre el asesinato y la detención – y me dirigía a la policía, pero vi su coche frente a la puerta. ¡Vivo

justo al lado!»

«¿Y qué quería en la policía?», preguntó Ethel.

«La mujer de la foto, la muerta, ¡no es Fleur!»

«¿Qué? ¡Claro que es Fleur!»

«Bueno, puede que sea esa tal Fleur, pero no es la que trabajó aquí. Se parecen, pero no es Sally, sin duda alguna.»

«Debe de estar equivocado. Vimos la foto en el currículum y…»

«No sé nada de ninguna foto. Solo sé que trabajé junto a Sally en la cocina – y la mujer del periódico no es Sally.»

«¿Está usted seguro?», preguntó Ariadne, a la que se le formaba en la cabeza un pensamiento que no le gustaba nada. Pensó en los pagos raros y el billete de avión… Probablemente pensarían que estaba aún más loca si lo decía en voz alta. No, mejor esperar. Primero quería oír qué tenían que contar Timothy y Devi. Pero no podía quitarse la idea de la cabeza. Necesitaba sentarse en su escritorio y anotarlo todo…

«¡Debe contárselo urgentemente al inspector jefe Jones!», dijo entonces en voz alta.

«Sí, pero no entiendo nada. ¿Dijeron que en el currículum había una foto de esa Fleur? ¿Pero qué está pasando aquí?»

«¡Ni idea! ¿Y tú?», preguntó Ethel.

«No, no realmente», dijo ella, con cara de inocente. «¡Pero debería ir a ver al inspector jefe Jones, seguro que le interesará mucho!»

«¿Qué ha sido eso? ¿Crees que le di demasiado fuerte en la cabeza con el molinillo?», preguntó Ethel en el coche, de regreso a casa.

«No», dijo simplemente.

«Qué comunicativa. Deberías dedicarte a las letras.»

«Estoy pensando.»

«Ya se nota. ¿Puedo saber en qué?»

«Es un poco pronto. Es más bien una idea. Dime, ¿te importaría si te dejo en tu casa? Pienso mejor sentada en mi escritorio.»

«No, de todos modos tengo que llamar a la editorial. Esta noche vuelvo a tu casa.»

«¡Perfecto!»

«¿Debo quedarme hasta después de la cena?», preguntó Rosemary.

«No, puede irse después de servir. Yo me encargo de recoger más tarde», dijo ella.

Rosemary la miró con escepticismo, pero se encogió ligeramente de hombros y volvió a la cocina, de donde ya salía el aroma de una deliciosa cena.

Miraba fijamente el teléfono y no podía creer realmente lo que Maribelle le había contado. ¡Era una completa locura! Volvió a mirar sus notas. Cualquier editor le habría tirado a la cara una trama así, eso seguro. Pero si una intentaba no pensar de forma convencional, entonces todo eso tenía, de una manera muy extraña, bastante sentido – y con la información de la viuda de Fitzroy, aún más. Aquellos pagos eran muy extraños, pero le recordaban algo que había ocurrido doce años antes. Entonces Michael había prestado dinero a unos «amigos», y ya en aquel momento le pareció un poco sospechoso. Él se lo explicó, y sonaba completamente lógico. ¿Por qué no prestar dinero a conocidos y amigos que lo necesitaban para montar un negocio? Había hecho una fortuna en la bolsa y siempre había tenido una vena social. Pero ¿realmente era así? La información de Devi sobre Dupont era aquí de importancia central, pero si una lo miraba bien: él se había mudado a Inglaterra en 1933, el mismo año en que Fernando cometió el intento de asesinato y fue detenido. Estaba corto de dinero, y con un poco de imaginación, se podía interpretar FR como «restaurante francés», ¿no? Se pasó la mano por el pelo. ¿Se estaba metiendo en algo sin salida?

Cogió la hoja grande en la que había escrito «Línea temporal».

«1933: asesinato, Dupont sale de Argentina, Fernando entra en el manicomio, Fernando se fuga, hace dos semanas: Michael viaja por tres días a Argentina, al mismo tiempo Fernando aparece cerca de la casa de Dupont.»

Eso no podían ser casualidades, jamás… Justo cuando volvía a inclinarse sobre sus notas, sonó el timbre. Bien, por fin, con suerte ahora podría encajar algunas piezas más del rompecabezas.

«¡Tu cocinera es excelente!», dijo Timothy relamiéndose. Ariadne sonrió, pero se movía incómoda en la silla. Aún ni una palabra sobre Michael ni sobre Dupont – y ya estaban en el postre.

«¿No podríamos ir al grano de esta cena? Quiero decir, siempre me encanta venir a casa de Ariadne, pero en realidad debería estar trabajando en mi nuevo libro. Una velada agradable entre amigos podemos tenerla cualquier otro día, ¿no?», preguntó por fin Ethel.

Devi sonreía y Timothy frunció un poco el gesto.

«¿Antes del postre?», preguntó, agachándose al ver cómo Ethel le lanzaba una servilleta.

«¡Está bien! ¿Quién empieza, damas primero?», preguntó dirigiéndose a Devi.

«No, empieza tú, señor abogado», dijo ella.

«Bien. Michael me contó que su cuñado Fernando siempre fue un joven problemático, impulsivo y tal. Al parecer, desde un accidente en la infancia sufre varios trastornos que lo limitan mentalmente de forma grave. "Un niño celoso e irascible en el cuerpo de un hombre", esas fueron sus palabras. El padre casi nunca estaba en casa y la madre no podía con él, por sus arrebatos. Por eso fue Marisa quien lo cuidó, a pesar de tener solo tres años más. Eso hizo que desarrollara una relación insana y muy estrecha con ella. Pero también dijo que Fernando no tenía nada en contra de él.»

«Ah, suena lógico. Me cae bien alguien y entonces quiero matarlo. ¡Eso nos pasa a todos constantemente!», dijo Ethel mientras Rosemary servía el postre.

«Michael dice que ese intento de asesinato no iba dirigido a él. La víctima era un hombre que llevaba tiempo acosando a su hermana, un tal Jacques LaRouge. Al parecer, la prensa europea lo entendió mal. Durante la investigación se descubrieron además otros dos cadáveres...»

«¡Arruinaste la intriga! ¡Eso me lo había reservado como clímax!», dijo Devi.

«No lo sabía, ¿quieres contar tú el resto?»

«No, sigue tú», dijo Devi, hurgando en su postre.

«Vale: se encontraron en la finca del padre dos cadáveres masculinos más, uno tenía al menos tres o cuatro años muerto, el

otro algunos meses. Ambos eran hombres de negocios de Buenos Aires que habían visitado a la familia varias veces y luego desaparecieron. Michael dice que ambos le habían tirado los tejos a Marisa y que con uno de ellos, un tal Luigi Cantarelli, incluso hubo una pelea. Fernando quiso proteger a su hermana y por eso los mató. Cuando se descubrió el asesinato de LaRouge, también se hallaron los otros dos cuerpos y él y Marisa decidieron marcharse del país para empezar de nuevo.»

«Eso se puede entender, ¿no?», preguntó Ethel.

«No, no tiene ningún sentido», dijo Ariadne y todos la miraron.

«Querida, si tu cuñado resulta ser un asesino loco con tres muertes a sus espaldas, es comprensible que quieras empezar de cero», dijo Ethel.

«Exacto – y entonces esperas dos años», dijo ella.

«Pero...»

«No, Ethel, nada de "pero". Michael y Marisa emigraron este año a Inglaterra, pero el asesinato de LaRouge fue en 1933. ¿Por qué esperaron dos años? No tiene sentido.»

«¿Entonces tienes otra teoría?», preguntó Timothy, frunciendo el ceño.

«Sí, pero de momento es solo una teoría. Tengo que hacer unas cuantas llamadas y esperar a ver qué tenéis vosotros que contar», dijo ella.

«Ah, Madame Misteriosa», dijo Devi y le guiñó un ojo. Por su sonrisa, Ariadne supo que efectivamente había descubierto algo muy interesante.

«¿Qué averiguaste?», preguntó, dirigiéndose a Devi.

«Taaaachán...»

«¡No lo hagas tan intrigante!», dijo Ethel.

«¡No me presiones, así no puedo!», dijo ella riendo. «Primero sobre nuestro señor Dupont: nació en 1875 en Dol-de-Bretagne y se formó en hostelería en Rennes. En 1901 conoció allí a su mujer, una tal Beverly Liams. Se casaron en 1902 y en 1909 nació el hijo. En 1910 emigraron con el hijo a Brasil, donde en 1913 nació la hija. Tenían un pequeño hotel cerca de São Paulo, pero no les fue muy bien y en 1928 se trasladaron a Argentina. Allí abrió un restaurante

en Buenos Aires. Por cierto, ya se llamaba Chez Louis, porque lo había comprado a un francés residente allí. Sobre el restaurante no he podido averiguar mucho. Había un socio, también francés, pero mi colega en Argentina sigue investigando quién era exactamente. En 1930 murió la esposa, no sé de qué. Y en 1933 toda la familia se mudó a Inglaterra.»

«LaRouge», dijo Ariadne.

«¿Y de dónde sacas eso?», preguntó Ethel.

«¿No es lógico? En 1933 asesinan a un francés en Argentina, Dupont cierra su restaurante y huye literalmente del país. 1933 es el eje de toda esta historia. Fernando mata a un hombre, francés, que supuestamente acosaba a su hermana, y Dupont se marcha del país. ¿Y a qué se dedicaba el suegro de Michael? Exacto: criador de ganado, vendía carne. Esa es la conexión entre esta familia, LaRouge y Dupont. Apuesto a que tus contactos en Argentina descubrirán que los otros dos muertos también tenían algo que ver con la gastronomía.»

«Vaya, eres clarividente, ¿eh? El primer muerto era José Antilla y Ortega, productor de carne en conserva, y el segundo, ese Luigi, tenía varios hoteles», dijo Devi.

«Y ambos tenían problemas financieros», dijo Ariadne.

«Eso no lo sé.»

«Mira si puedes averiguarlo», dijo ella.

«Querida, parece que en esa cabecita despeinada te has montado una teoría, ¡suelta ya lo que piensas!», dijo Ethel.

Ariadne sacó el papel con los datos del vuelo de su bolso y se lo pasó a Ethel. Esta frunció el ceño.

«¿Y?», preguntó, pasándole el papel a Devi.

«Michael voló hace dos semanas a Argentina, pero solo estuvo allí tres días. Hace catorce días apareció por primera vez en la calle de los Dupont el misterioso vagabundo del que podemos estar seguros de que se trata de Fernando. ¿Casualidad? En absoluto. El señor Miller, uno de los empleados de Michael, dijo que la asesinada Fleur no era la supuesta Sally que había preparado la ensalada el día de la inauguración del restaurante.»

«Un momento, ¿qué estás diciendo?», preguntó Timothy.

«Sí, interesante, ¿verdad? Michael entregó a la policía el currículum con una foto. Eso ya debería habernos hecho sospechar. No solo porque habría sido muy tonto por parte de Fleur dejarse identificar tan fácilmente, no. ¿Una ayudante de cocina que se hace una foto profesional para una solicitud? Es un disparate, cuesta demasiado. Pero yo tampoco caí en ello. El asesino también habría reconocido que Fleur no era Sally, ya fuera Michael o no.»

«Sí, pero si se parecían, Fernando podría haberse confundido», dijo Ethel.

«Poco probable. Y pensad un poco más: los vecinos describieron a Fernando como un vagabundo desaliñado. ¿Alguien así se le abre la puerta y se le invita a tomar el té?»

«Ya no entiendo nada», dijo Timothy.

«Quieren que creamos que fue Fernando quien apareció de repente aquí en Inglaterra. Un loco fugado, un triple asesino que quería proteger a su hermana de los malvados Dupont que querían destruir la existencia de Michael y Marisa. La verdad es tan absurda, tan disparatada, que cuesta creerla. Si alguien lo escribiera en una novela, nadie lo tomaría en serio ni lo creería. Cualquier crítico diría que es un disparate artificioso. Y por eso acudió a mí. Supongo que leyó lo del caso en Bedford. Sabe que escribo novelas policíacas, me conoce bien, tal vez mejor de lo que yo pensaba. Así que me lanza pistas que solo pueden conducir a una conclusión: Dupont quería arruinar a Michael, por celos y desesperación. Michael es la pobre víctima. Luego ocurre un asesinato, en el que él resulta ser un sospechoso muy evidente. Pero yo también lo conozco, o al menos eso creía. Así que estaba seguro de que yo creería en su inocencia. Solo por el hecho de que su culpabilidad parece demasiado obvia. Timothy nos sugiere demostrar su inocencia preguntando de nuevo en el vecindario. Allí efectivamente vieron a un hombre sospechoso. Creo que Michael incluso colocó las fotos de Fernando en el sobre debajo de la cama para que las encontráramos. El hermano loco debe exonerarlo – como ya ocurrió una vez en Argentina.»

«Un momento, ¿estás diciendo que Michael no solo asesinó a Fleur y a su padre, sino también a LaRouge y a los otros dos?», preguntó Ethel. «¡Eso es de locos! ¿Michael?»

«Ya lo dije, es una historia tan disparatada y absurda que cuesta creerla. ¿Os acordáis de Fitzroy Lancaster, barón de Ingholm?», preguntó.

«Ese también estaba de alguna manera en aquella pandilla de entonces», dijo Ethel.

«Sí, y tuvo un accidente en 1923, se estrelló contra un árbol con el coche. Justo después del funeral, Michael emigró», dijo.

«¡Vamos, no me digas! ¿Quieres decir en serio que Michael también lo mató a él?»

«He hablado por teléfono con su viuda. Los negocios de Fitzroy se hundieron tras la Gran Guerra y estaba endeudado hasta las cejas. Y adivinad quién le prestó una pequeña fortuna. Exacto, Michael. Y aún hay más: como garantía de ese, llamémoslo, préstamo, Fitzroy lo nombró beneficiario de su cuantioso seguro de vida. Maribelle, su esposa, dijo que entonces la policía de Devon ya estaba escamada cuando quisieron investigar, pero Michael ya se había marchado a Francia. Ethel, acuérdate: Michael solía prestar dinero a conocidos, lo llamaba "inversiones" y ninguno de nosotros sospechaba nada.»

«Eso suena realmente… aventurado», dijo Timothy encendiendo un cigarrillo.

«Lo sé, lo sé. Pero pensadlo bien: Michael se hizo rico con especulaciones bursátiles y ascendió vertiginosamente en la sociedad londinense. Aristócratas, actores – gente que lleva un estilo de vida caro pero que en realidad siempre está al límite. Pensad por vosotros mismos lo difícil que es entrar en la alta sociedad. Snobs, todos unos snobs horribles. Y aun así, alguien como Michael, sin antecedentes, de repente es invitado a todas partes. Tiene dinero, pero apenas conoce a nadie – y los medios financieros, bien empleados, pueden abrir puertas. Presta dinero a sus "amigos" y estos lo introducen en los círculos adecuados. ¿Quién sabe a cuántos más prestó dinero entonces? Fitzroy es solo un ejemplo. No puede devolver la deuda, hay riesgo de impago. Pero lo nombró en el seguro de vida como garantía. Fitzroy tenía entonces apenas treinta años, no se piensa en la muerte a esa edad. Seguro que pensó que podría pagar la deuda de alguna forma y luego volver a poner a su esposa como beneficiaria, solo era una garantía. Pero Michael quiere

recuperar el dinero, tal vez entonces ya lo acechaba Hacienda, eso debería investigarlo Jones, creo yo. Tiene que abandonar el país, pero no quiere renunciar a la gran suma que prestó a Fitzroy. Así que provoca un accidente. Se va a Francia, tal vez para volver a ese negocio. Conoce a Marisa, una suerte, y se va con ella a Argentina. Allí da la vuelta a la tortilla: su suegro pertenece a una clase que podría llamarse "gentry". Extranjeros como Dupont quieren abrirse camino en la alta sociedad. Michael les consigue los contactos, les vende la carne del ganado de su suegro – y les presta dinero. Probablemente, una vez más, exige "garantías" como seguros de vida o participaciones en los negocios. Si los "clientes" no pueden pagar, los elimina. Tal vez nuestras tres víctimas en Argentina no pudieron pagar y las garantías no bastaban a Michael. Quería dar un escarmiento para otros clientes. Pero el hallazgo de los dos cadáveres en la finca fue un problema. Quizá había un policía insistente, un familiar – o de nuevo problemas con Hacienda. Así que decide hacer las maletas y volver a Inglaterra.»

«¡Ja! O bien, Dupont le pidió una suma enorme que no pudo devolver. LaRouge es asesinado y Dupont huye. Tal vez ni sabía que Michael era de Londres. Se va a Inglaterra, lejos de Argentina. Pero Michael no se rinde, lo busca, tarda. Al final lo encuentra. Si tu tesis es cierta, debemos suponer que Michael tiene contactos en los bajos fondos de Londres. Alguien le cuenta que Dupont ha aparecido aquí. Con investigaciones amenazantes en Argentina sobre sus hombros, de todos modos necesita una estrategia y debe dejar el país. Lo de Fitzroy ya lo ha olvidado todo el mundo, un accidente trágico. Regresa a Londres…», dijo Devi.

«Retoma aquí sus antiguos negocios y de paso puede eliminar a Dupont», dijo Timothy. Ariadne sintió cómo exhalaba aliviada. Al parecer, su idea no era una locura total.

«Sí, para dar un escarmiento – o simplemente por venganza», dijo Ariadne.

«¿Y entonces para qué el restaurante? ¿Y ese intento de asesinato tan tonto? Según tú, ¿también lo escenificó él?»

«¡Sí, lo hizo! ¡El restaurante sirve para lavar dinero! Y el envenenamiento, para mí fue una puesta en escena, para el público,

digamos. Necesitaba un escenario en el que Fernando pudiera cargar con la culpa. El pobre probablemente está realmente muy confundido y no pudo defenderse de las acusaciones», dijo Ariadne.

«Todo eso suena muy bien, pero necesitamos pruebas, ¡pruebas sólidas!», dijo Ethel.

«Sí, tendríamos que encontrar a ese Fernando», dijo Timothy y dio una calada a su cigarrillo.

Ariadne sonrió. «Pues tengo una idea bastante buena de dónde puede estar. ¿Quién se anima a un pequeño paseo digestivo?»

# 14

«¡Dios mío! ¿Adónde nos has traído?», preguntó Ethel y miró a su alrededor con una expresión visiblemente horrorizada.

«Es la Misión Católica Española de Londres, cariño», dijo ella y asintió con la cabeza a un hombre sentado junto a la puerta. Timothy y Devi también miraban con escepticismo. El edificio de la misión, que se encontraba junto al convento de las dominicas, servía por la noche como comedor social para los necesitados y desamparados. Durante el día había allí clases de español, actividades culturales para la comunidad hispanohablante de la ciudad y cosas por el estilo. Hasta unas horas antes, ella misma no sabía que este lugar existía, Rosemary se lo había contado, más bien de paso, porque su nueva vecina era de Ecuador y le había hablado de ello. ¿Dónde, si no aquí, buscaría refugio un joven argentino sin hogar y probablemente bastante asustado?

«No sé si quiero entrar ahí», dijo Ethel.

«Oh, entonces espera aquí en la puerta», dijo Devi y Ethel frunció el ceño. Frente al edificio de ladrillo estaban sentados sobre todo hombres que ya habían recibido una ración de sopa o que ya estaban medio dormidos.

«No, creo que mejor entro…»

En el interior de la misión había aún más hombres, pero también algunas mujeres. No todos parecían ser personas sin hogar, ya que también había familias con niños comiendo sopa y pan en largas mesas. Algunos de los niños jugaban en una esquina del gran salón con juguetes de madera, mientras que unas diez personas más esperaban en la fila para recibir su sopa. Una de las dominicas las había divisado y se acercó con una sonrisa. En sus elegantes trajes, debían de parecer bastante fuera de lugar en ese entorno.

«¿En qué puedo ayudarles?», preguntó la hermana con un marcado acento español.

«¡Muy buenas noches! Mi nombre es…»

«¡Mrs. Arlington, la conozco, leo todos sus libros!», dijo la hermana y se le pusieron las mejillas coloradas. Vaya, eso sí que era una

sorpresa.

«Oh, me alegra mucho, hermana…»

«Alberta», dijo ella, y ahora sus orejas casi brillaban.

«Hermana Alberta. Mis amigas y yo estamos buscando a un joven, y creo que podría haber encontrado refugio aquí con ustedes.»

«Muchos jóvenes vienen a nosotras, Mrs. Arlington. ¿A quién busca exactamente? Conozco a casi todas nuestras ovejitas.»

«No sé si está aquí con su nombre verdadero. Es un joven argentino, con cabello negro, una marca de nacimiento bastante visible en la mejilla izquierda y lleva barba completa», dijo Ariadne.

«Oh sí, Fernando, viene todos los días, un pobre joven, muy confundido…», dijo la hermana.

«¿No estará aquí ahora mismo, verdad?», preguntó Devi.

«¡Sí que está, allí!», dijo la hermana, señalando una mesa en la esquina de la sala, donde un joven solitario estaba sentado. Ariadne sintió cómo su corazón comenzaba a latir más rápido. Un hombre delgado con una barba desordenada que miraba fijamente su sopa y al parecer murmuraba para sí mismo.

«¿Habla inglés?», preguntó Ariadne.

«Apenas. ¿Puedo preguntar qué desean de él?»

«¡Por supuesto! Es una historia larga, pero en realidad Fernando necesita atención médica. Se escapó del hospital, por así decirlo. Su hermana Marisa es una vieja amiga y está muy preocupada por él», dijo Ariadne. Probablemente no se debía mentir a una monja, eso sería perjudicial para el alma. Pero una fuerte simplificación de los hechos difícilmente podía considerarse una mentira…

El rostro de la hermana se iluminó con una sonrisa radiante.

«¡Gracias a Dios! ¡Es una noticia maravillosa! Les llevaré con él ahora mismo, vengan. ¡Se las ha enviado la Santísima Virgen!»

Ariadne intercambió una mirada con Devi y Ethel, y luego siguió a la hermana.

«¡Fernando, querido, tengo una visita para ti! Es la señora Arlington, una amiga de tu hermana», dijo ella con dulzura. Fernando levantó la mirada y sus ojos parecían turbios, ausentes.

«¿De mi hermana?», preguntó entonces en voz baja.

«Sí, exactamente. Tu hermana te ha echado mucho de menos. La señora Arlington quiere llevarte con ella.»

«¿Puede preguntarle cómo llegó a Inglaterra?», preguntó Ariadne, notando la expresión de desconcierto en el rostro de la hermana.

«Miguel me trajo, de Argentina. Amigos de Miguel estaban en hospital, dijeron que tenía que ir a Inglaterra, con Marisa», dijo en voz baja. «Pero Marisa no está aquí, ¿dónde está Marisa? Miguel tampoco está, solo durante del día, no entiendo…»

La hermana las miró con una expresión interrogativa.

«Es una historia complicada. En cualquier caso, le agradezco mucho. Miguel, ¿quieres ver a tu hermana?»

Por primera vez desde que se acercaron a la mesa, pareció disiparse el velo en los ojos de Fernando y apareció una amplia sonrisa en su rostro.

«¡Sí!», dijo y se levantó de inmediato.

«¿Y si resulta ser el asesino?», preguntó Ethel visiblemente nerviosa, mientras del baño se oía el chapoteo del agua. Ariadne no quiso asustar innecesariamente a Marisa y había decidido que Fernando necesitaba primero un buen baño. Timothy ya había regresado y había hablado con el hijo del señor Dupont. En ese momento estaba ayudando a Fernando a bañarse.

«Ya oíste lo que dijo Timothy. Dupont pidió dinero prestado y su socio tuvo un "accidente". Aunque el hijo no sabía los detalles, eso confirma claramente nuestra teoría. Y tú viste con tus propios ojos a esa pobre criatura. No sabe realmente dónde está. ¿Puedes imaginarte a alguien así como un asesino a sangre fría?»

«¡Quizás lo disimula bien!»

«¡Oh, por favor!»

«¿Y qué vamos a hacer con él?», preguntó Devi, que estaba claramente mucho más tranquila que Ethel.

«Cuando Timothy termine con él, lo llevaremos con Marisa. Creo que primero debería descansar una noche, y luego…»

«¿Quieres que duerma en tu casa? ¿Estás loca?»

«Ethel, yo…»

«No, ahí tiene razón, querida. No puedes simplemente dejar que un desconocido duerma en tu casa. Eso no está bien.»

«Entonces le pedimos a Timothy. Hoy ya es muy tarde para ir al hospital. Y también tengo que informar a Jones. Además, el pobre chico está completamente agotado, una noche en una cama suave le vendría de maravilla.»

Cuando Fernando entró en el salón después de más de una hora junto con Timothy, era casi irreconocible. Llevaba un traje, estaba peinado y perfectamente afeitado.

«¡Oh!», dijo Devi.

«El pobre necesita dormir urgentemente, tengo esa gran habitación de invitados», dijo Ethel levantándose.

La mirada de Fernando era mucho más clara que en la misión, pero seguía mirando la puerta de vez en cuando, como si quisiera huir en cualquier momento.

«Siéntate primero. ¿Tienes hambre?», preguntó Ariadne, que ya había preparado un sándwich. Sus habilidades culinarias no eran aptas para ese joven, claramente ya había sufrido bastante.

Él asintió tímidamente y se sentó cuando se lo indicaron.

«Creo que lo mejor sería que durmiera en mi casa», dijo Timothy.

«Ah, eso no me importaría en absoluto…», empezó Ethel.

«Sí, yo también creo que es la mejor solución», dijo Ariadne, dirigiendo una mirada a Ethel.

«Come tranquilo primero», dijo, y puso una mano en el hombro de Fernando, que sonrió. Se lanzó de inmediato sobre el sándwich de queso, y lo dejaron comer en paz.

Después de la comida, Timothy le ofreció un cigarrillo, que Fernando aceptó agradecido, y luego se recostó en la silla como si acabara de disfrutar de un banquete. Ariadne sintió cómo se le encogía el pecho. Lo que Michael le había hecho a ese joven era quizás lo peor de toda esta historia.

«¿Puedes contarnos qué pasó? ¿Cómo llegaste a Inglaterra?», le preguntó después de un rato.

«¿Dónde está Marisa? ¿Puedo verla?», preguntó él.

«Mañana por la mañana, querido. Tu hermana está bien y seguro que estará muy feliz de verte de nuevo», dijo Devi.

«¡He venido en avión!», dijo, y sus ojos brillaron como los de un niño pequeño. Pues sí, en el cuerpo de ese apuesto joven vivía claramente el alma de un niño.

«¡Qué emocionante! ¿Michael fue a buscarte?»

«¡Sí, Miguel siempre fue amable conmigo! No se enoja si no hago tonterías. Pero si hago tonterías, Miguel se pone severo. Pero yo soy bueno. Estuve en el hospital, no me gustó porque no había nadie. Extrañé mucho a Marisa, muchísimo.»

«Eso me lo imagino. ¿Sabes por qué estabas en el hospital?», preguntó Ariadne.

Él negó con la cabeza y dio una calada a su cigarrillo.

«Miguel dijo que hice tonterías, pero que no tenía que quedarme mucho tiempo», dijo entonces.

«¿Y luego él te recogió?», preguntó Ariadne. Él negó con la cabeza.

«Amigos de Miguel. Jugaron conmigo, fue emocionante. Jugamos al escondite.»

Devi frunció el ceño.

«Escondite», susurró Ariadne y se formó en su mente una imagen de lo que había ocurrido.

«¿Y después?», preguntó.

«Casa de amigos. ¡Comida muy mala! Jugamos otra vez, fue largo y muy aburrido, porque nadie buscaba, pero luego vino Miguel. Dijo que íbamos con avión hasta Inglaterra y ver a hermana. Fue emocionante, pero no podía decir nombre, no, tenía que decir Pedro Álvarez. Y Miguel no Miguel, sino John, ¡fue divertido!»

«Puedo imaginarlo, ¡toda una aventura!»

«Sí, una aventura, pero aquí no es bonito. Miguel me dejó con monjas y dijo que solo durante el día habría encuentro. Luego caminaba conmigo, debía andar por la calle, fue aburrido… y no he visto a hermana.»

«Mañana podrás ver a tu hermana», dijo Ariadne.

Por un momento frunció el ceño, pero luego volvió a sonreír.

«¡Mañana bien!»

«¿Conociste al señor Dupont?», preguntó Devi.

Él negó con la cabeza.

«Seguro que estás muy cansado. Timothy te llevará a su casa, así podrás descansar bien, y después de un buen desayuno visitaremos a tu hermana, ¿sí?»

«¡Sí!»

«¡Ferdi!» Marisa rompió en llanto cuando su hermano se le echó al cuello.

«No estoy especialmente entusiasmado», dijo Jones.

«¿Con qué? ¿Con que se hayan reencontrado aquí? Ese pobre chico ha pasado por muchas cosas.»

«Y es un asesino buscado en Argentina.»

«¡Oh, Jones!»

Él la miró con severidad.

«No me mire así. Fernando no es un asesino. Lo que le conté ayer habría sonado a una tontería enorme, lo reconozco sin reservas, pero ahora tiene todo sentido, ¿o no?»

«Primero hace todo lo posible por demostrar que su amigo es inocente —y casi me hace dudar de mí mismo— y ahora me sale con esto.»

«Debería alegrarse, eso demuestra que tuvo buen olfato y que yo me equivoqué. Michael es un farsante, y ya entonces caí en sus redes. Ese hombre encantador que creía conocer nunca existió.»

«¡No, nunca existió!», dijo entonces Marisa desde su cama. Fernando, radiante, estaba sentado junto a ella y le sostenía la mano.

«¿Puede explicar eso?», preguntó Jones.

«Es como dijo Ariadne. Puede ser increíblemente encantador, así me atrapó también a mí en su momento. Me contó una historia de por qué debía viajar urgentemente a Francia, y todo sonaba muy lógico. Era guapo, siempre amable y cortés, nunca me presionó. El perfecto caballero. Y tenía dinero, mucho dinero. Puede sonar superficial, pero tiene que entender que mi familia es muy adinerada. Los hombres siempre se han interesado por mí. O mejor dicho: por el dinero de mi padre. Michael me pareció el esposo

perfecto. Apuesto, bien educado, exitoso y rico. Y esa máscara la mantuvo durante un tiempo en Argentina. Fue por casualidad que descubrí que estaba metido en negocios turbios. Prestaba dinero, lavaba dinero y estaba implicado en chantajes y cosas así. Quise contárselo enseguida a mi padre, pero él me amenazó, me encerró en casa —y también me golpeó. Cuando ocurrió el primer asesinato, estaba tan aterrada que ya no quería pasar ni un segundo más con él. Pero ya entonces me amenazó con hacerle daño a Fernando si lo dejaba. Así que me quedé con él, sonreía y hacía el papel de esposa feliz. Cuando luego mató a LaRouge, ya no pude más y quise contárselo todo a mi madre. Le escribí una carta que él encontró.»

«¿Y por eso acusó a Fernando? ¿Por qué no dijo nada?», preguntó Jones.

«Porque me sacó del país, a Uruguay. Cuando regresé, todo ya había pasado. Le supliqué, grité, lloré, lo rogué con desesperación, pero él solo se reía. Ya no sabía qué hacer, así que lo denuncié en secreto. Pero la policía no reaccionó. Solo cuando escribí a las autoridades fiscales iniciaron una investigación. Por eso tuvimos que abandonar Argentina.»

«¿Y qué pasa con Dupont?», preguntó Ariadne.

«Desapareció tras la muerte de LaRouge. Michael se volvió loco, porque le debía una suma enorme. Lo mandó buscar. Se volvió casi una obsesión. En algún momento, uno de sus contactos en Londres le dijo que Dupont había aparecido aquí y había abierto un restaurante. En realidad, pensaba ir a América, pero así fue como terminamos en Londres.»

«¿Y por qué fuiste con él? ¿Estás realmente embarazada?»

«Tiene contactos muy poderosos, también en el hospital donde internaron a Fernando. Me amenazó abiertamente con hacerle daño si no hacía lo que me pedía. ¿Qué otra opción tenía? Tenía que irme con él si quería proteger a mi hermano.»

«¿Qué fue exactamente lo que pasó? Me refiero a ese ataque con veneno en el restaurante, toda esa tontería.»

«A Michael le encantan los jueguecitos. Abrió el restaurante para usarlo como base de operaciones para sus negocios ilegales. Para lavar dinero y como lugar de reuniones. Que estuviera justo enfrente

del restaurante de Dupont, eso era muy de su estilo. Terror psicológico. Quería asustarlo, daba vueltas con el coche frente a su casa, ese tipo de cosas. Dupont no podía o no quería pagar. Eso Michael no lo soporta —además, aquí en Londres ya había vuelto a meterse en el negocio de los préstamos de dinero. Tenía que dar un escarmiento, demostrar lo que pasa si uno no hace lo que él quiere. Así que tenía que deshacerse de Dupont. La puesta en escena con el envenenamiento, esa no la entendí —hasta ahora. Quería volver a echarle la culpa a Fernando. ¡No puedo creerlo!»

«Nosotras tampoco. Es un plan tan extraño…», dijo Ariadne.

«Pero encaja con él. Le encantan los juegos, los acertijos, desde siempre.»

«Y me invitó porque pensaba que yo, como autora de novelas de misterio, jamás podría creer que alguien realmente idearía una tontería así. Bastante listo. Extraño. Demasiado complicado, pero listo. Nadie haría algo así —y por eso era un plan casi genial. Él afirma ser inocente, y yo, estúpida de mí, le creo y empiezo a investigar. Fernando fue abandonado por él en el vecindario. Esconde las fotos debajo de la cama. Fernando, el asesino loco que quiere proteger a su hermana y no soporta estar separado de ella. Solo que no debería haber dejado sus datos de vuelo tirados por la oficina. Y el envenenamiento, en realidad fue una tontería. Debería haber montado una pelea con testigos contra Dupont, un ataque simulado a su coche o, perdóname, a ti. Ese ataque con veneno fue un error, no tenía ningún sentido. Solo quería jugar, necesitaba una escenificación… No sabrás tú, por casualidad, quién era la mujer a la que hizo pasar por Fleur, ¿verdad?»

«No, yo también solo la vi brevemente en la cocina. No estaba al tanto de los detalles… Pero, ¿qué va a pasar ahora conmigo y con Fernando?»

«Por ahora no se preocupe por eso. Tomaremos de nuevo su declaración y luego contactaremos con las autoridades argentinas. Mientras no se resuelva el caso, por supuesto pueden quedarse aquí en el Reino Unido. No tiene que temer más a su esposo, se lo prometo.»

Marisa sonrió.

«¡Quisiera irme a casa con Fernando!», dijo.

«Hablaré ahora mismo con los médicos, cariño, no te preocupes. Esta noche dormirás otra vez en tu cama.»

# Fin

El siguiente misterio de Ariadne

# The Kensington Hotel

«¡No te pierdas ninguna de mis nuevas publicaciones: sígueme en Amazon!»